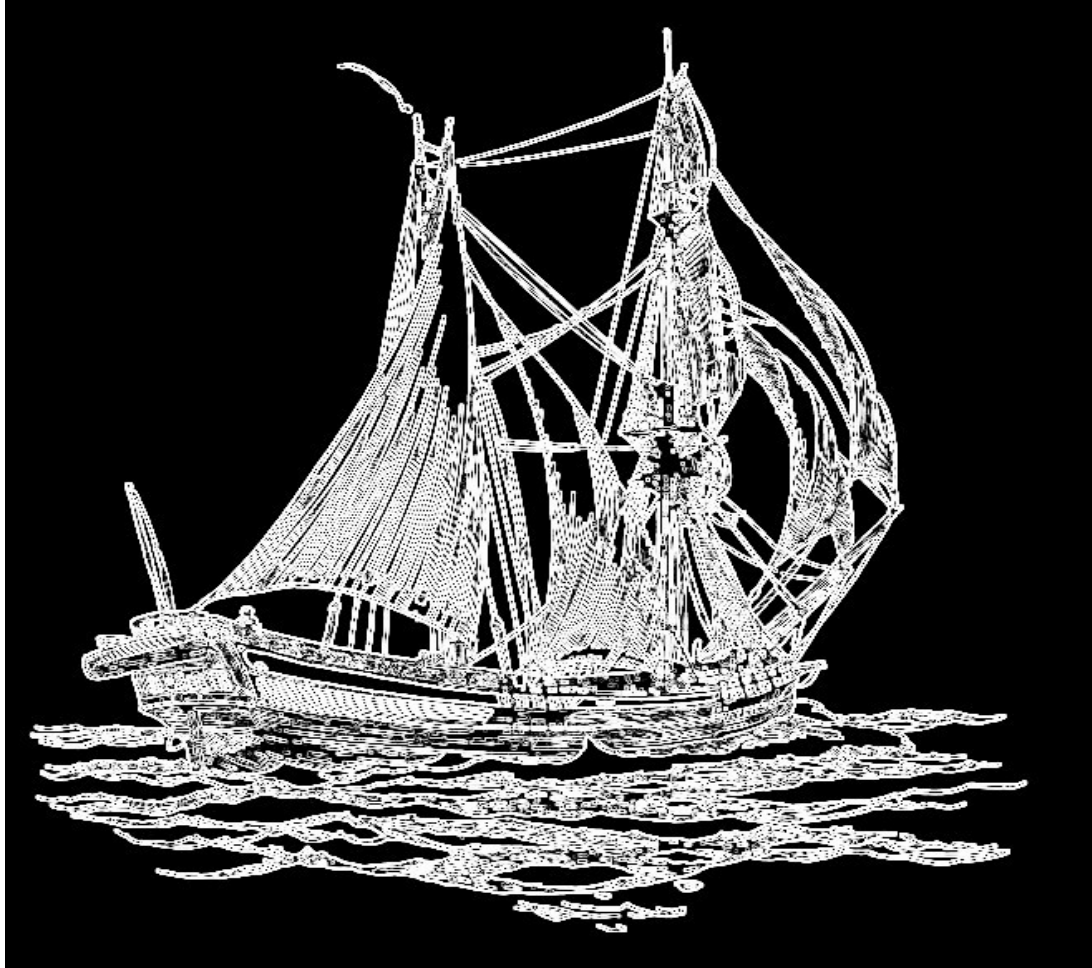


# ***El veedor de galeras***



***Alfonso Cantador Alias.***

***Novela Premiada en el VII Certamen Internacional de Novela Corta "Giralda" de Sevilla.***

**EDICIÓN NO VENAL**

*Dedicada a toda la comunidad educativa del IES Galileo Galilei de Montequinto.*

*En tiempos difíciles, marzo de 2020.*

# **ÍNDICE:**

**I.- LA ELECCIÓN.**

**II.- CAMINO DEL SUR.**

**III.-LA VISITA.**

**IV ENROLARSE EN PATACHE.**

**V.- NAVEGANTES PENDENCIEROS.**

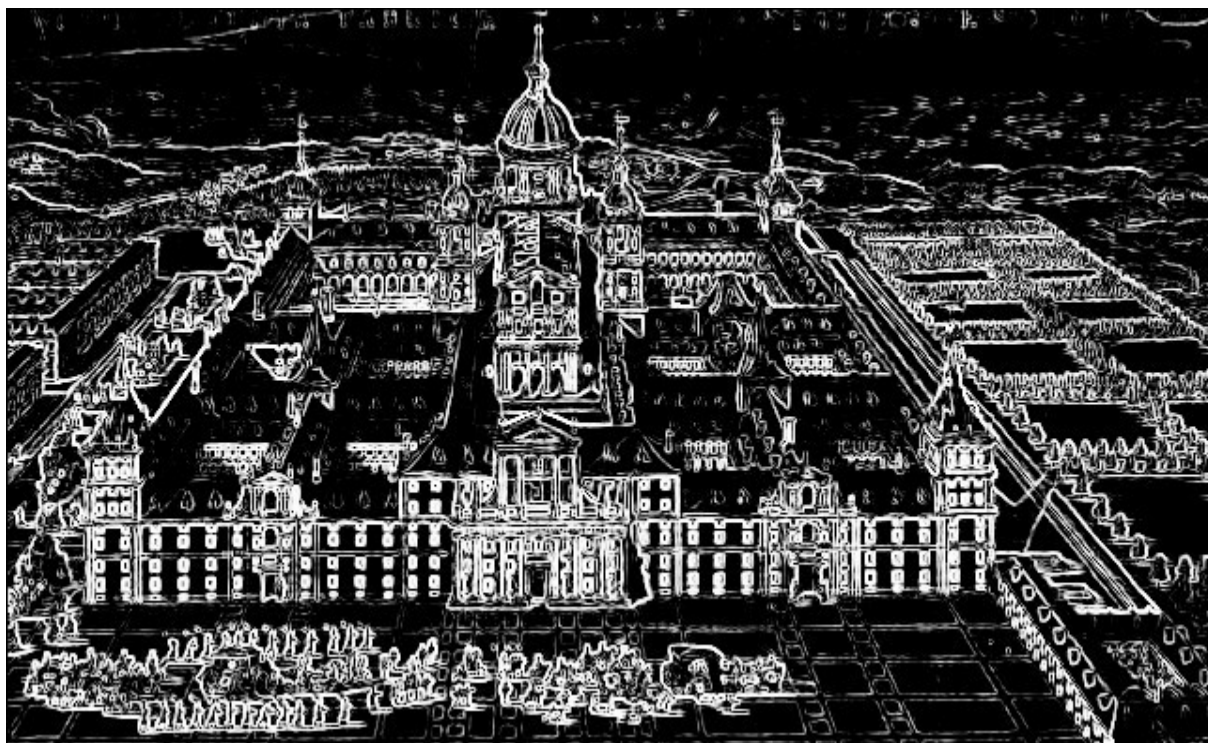
**VI.-EL ASTURCÓN DEL LÁTIGO.**

**VII.- LOS ENFADOS DEL CAPITÁN MENDOZA.**

**VIII.- GALERNA.**

**XI.- EL DESENLACE.**

## I.- LA ELECCIÓN.



Un lustro interminable separaba el descubrimiento del asunto y sus primeras indagaciones. A Madrid, que se situaba en el centro del imperio, se le iba de las manos el saqueo y como un reguero encendido de pólvora, se extendía la voz de que en las galeras del gobierno no solamente se redimían penas al mismo, sino que también estaban siendo utilizadas para distraer un robo masivo de mercurio a la corona de España.

La trama del escamoteo del mineral de azogue descomponía a Felipe II como un árbol con manzanas podridas en medio de un vergel. El emperador que anhelaba soluciones severas, ordenaba con todos los medios a su alcance poner punto final a la cuestión porque la corona se desangraba en lo económico, y alguien tenía que detener la hemorragia antes de otra

bancarrota. El descubrimiento del pillaje de mercurio había sido levantado por un morisco rdbomante que huía de la península desde la rebelión de las Alpujarras y el comienzo de la represión de las mismas. El mismo, tras destapar el latrocinio, desapareció súbitamente como tragado por la tierra o engullido por una bestia inimaginable. Nada se sabía de su paradero. Algunos ilustres de la corona por haber sido imputados le habían jurado muerte, o en el peor de los casos martirio a perpetuidad, mientras se comentaba por el reino que el daño infringido a los delatados era tan cruel como la más agónica muerte en la hoguera. Sin embargo los interfectos estaban en la creencia firme de que el morisco en cuestión había huido de España en un galeón que días más tarde era hundido a cañonazos frente a las costas de Marruecos por los piratas. Para otros, la idea de que se había vuelto a España y a las Alpujarras para defender la revuelta morisca y afrentar la muerte de su familia, era lo único que entendían.



La corona pensó en infiltrar a alguien de confianza en el centro del huracán de lo que los

rumores anunciaban. Así y desde la miseria de una galera irreverente, se podrían investigar de primera mano los hechos y acallar los rumores que no cesaban. A alguien de la cúpula militar se le ocurría que la mejor solución para frenar los robos pasaba por enrolar en una de ellas con rumbo a Canarias o las Indias, a algún militar de prestigio. Tal vez otorgándole otros quehaceres distintos que lo hiciesen pasar por un simple empleado del imperio, se podría acercar al fuego que ardía y sofocarlo. Pensaron en la figura del veedor de galeras que no hacía muchos años acababa de institucionalizarse por Pragmática y que entre sus funciones generales, estaba la de dar asiento al personal que ocupaba las galeras y llevar contabilidades y controles de las mismas para rendir cuentas al estado.

A Fernando de Cepeda se le requería con urgencia para asumir la función de descubrir estos hechos. Se le conminaba a estar presente en Sevilla no más tarde de treinta días desde que se le advertía de su nuevo destino. El camino hasta la ciudad del sur que se podía hacer en menos de tres semanas a caballo con el apoyo de las postas reales establecidas, estaba por delante y el alférez no podía fallar a la corona. La escuadra de galeras invernaba por esas fechas en el Puerto de Santa María, y hasta ellas debería conducir Cepeda una collera de presos que en su última remesa procedían de Sevilla. Todos responderían a una determinada condena. Algunos, los más beneficiados, se enrolarían en la gurapa a sabiendas de que suponía su primer y último viaje a la vez por tener una condena corta. Para otros, la mayoría de la chusma, el final no se contemplaba.

Desde su ingreso en milicias Fernando de Cepeda esperaba impaciente una misión digna de su rango alcanzado. Un correo desde el mismísimo palacio comunicaba su inminente marcha a Sevilla con la misión de erigirse en veedor de las galeras que desde ese puerto, y hasta Cádiz salían con la frecuencia establecida por el reino. No pudo reprimir su satisfacción por ser el elegido, y de su boca salía un grito de júbilo que lanzó en todas direcciones. Para la misión sería acompañado por dos oficiales, debiendo emprender la misma en el plazo establecido y sin demora desde que le había sido anunciada su empresa. Sin embargo todo cambiaba de repente. Una mala caída de un caballo en una jornada de lanceo de jabalíes en la Sierra de Madrid, le rompía las dos piernas y le dejaba inútil justo una semana antes de la partida a Sevilla. Todo se derrumbaba ante él. La mala fortuna hacía que su carrera quedaba interrumpida en el momento justo de su primera misión de enjundia que le aupase a las

alturas militares del ejército del Felipe II.



— ¡Malditos sean los infiernos, y maldita la yegua que me postra en la miseria y la invalidez! ¡Bien sabe el santo dios que de no ser porque el camino es largo, lo haría incluso con las piernas entablilladas como las tengo! —Argumentaba Cepeda—.

— ¡Estás loco Fernando! ¡Sabes a ciencia cierta que eso es imposible... Otra caída o la gangrena te llevarían a la muerte en cuestión de horas si fueras de la partida! —Le respondía uno de sus oficiales de confianza.

—Puede que haya todavía una solución posible. —apunto su hermana Ana de Cepeda—.

— ¡No hay soluciones que valgan ni arreglos que cosan esta inoportuna desgracia! —vociferó desde la cama en la que se encontraba postrado—.

— ¡Si lo hay! —insistía Ana de Cepeda—. Bastaría con impostar adecuadamente la voz, abetunarse la cara de vez en cuando, y dar aviso previo sin escatimar detalles a la compañía

de oficiales que se te otorguen para el viaje para que el nuevo Cepeda no sea descubierto...

— ¡Has perdido la razón por completo! ¿Me estás proponiendo hacer pasar a alguien por mí en la misión otorgada a Galeras? —Preguntó fuera de sí el alférez—.

— ¡Tú lo has dicho querido hermano! —dijo fríamente Ana de Cepeda—.

— ¡Eso es imposible! ¿Y quién sería el afortunado? —Insistía Fernando—.

— ¡Más bien afortunada! —Respondía Ana—. Y la tienes delante de tus ojos...

—Eres una insensata por no decirte que has perdido por completo la cabeza—. No podría ser de ninguna de las maneras lo que pretendes, porque serías descubierta antes de salir de Madrid o cruzar media meseta. Además en el barco la vida se te haría y te la harían imposible...

— ¡No hay nada imposible para quien se propone una industria con tesón! ¡Ya conoces de sobra mi habilidad para la monta de caballos! —Que por cierto—, ¡A mí no me hubiera postrado tu yegua!—repuso con sorna la muchacha—. Además mi destreza con el sable y el pistolete han quedado en más de una ocasión demostrados delante de vos querido hermano.

Los padres de Cepeda presentes en la conversación mientras asistían en el aseo al impedido, trataban por todos los medios a su alcance de persuadir y de quitar la voluntad de su hija para suplantar durante unos meses la personalidad de Fernando. Para ellos lo escuchado en los últimos minutos, no era sino fruto de la osadía a la que Ana los tenía acostumbrados desde el mismo día en que decidió parecerse en todos los sentidos a su hermano mayor, y desde que la misma sin el consentimiento del pater familia, le acompañara en algunas misiones de menor calado como asistente sin que nadie excepto el oficial lo supiese. El propio Cepeda con su familia habían perdido esta batalla. Nada más salir de la alcoba donde se produjo la decisión de Ana y sin mediar palabra, la joven díscola se lanzó a los arrabales de Madrid en busca de tabaco del que conocía sus propiedades por Boncalo el botánico amigo de la familia, y que se comerciaba de las plantaciones de Los Cigarrales de Toledo. Aprendió a liar cuidadosamente sus hojas para ser fumadas, y comenzó a consumirlo impulsivamente

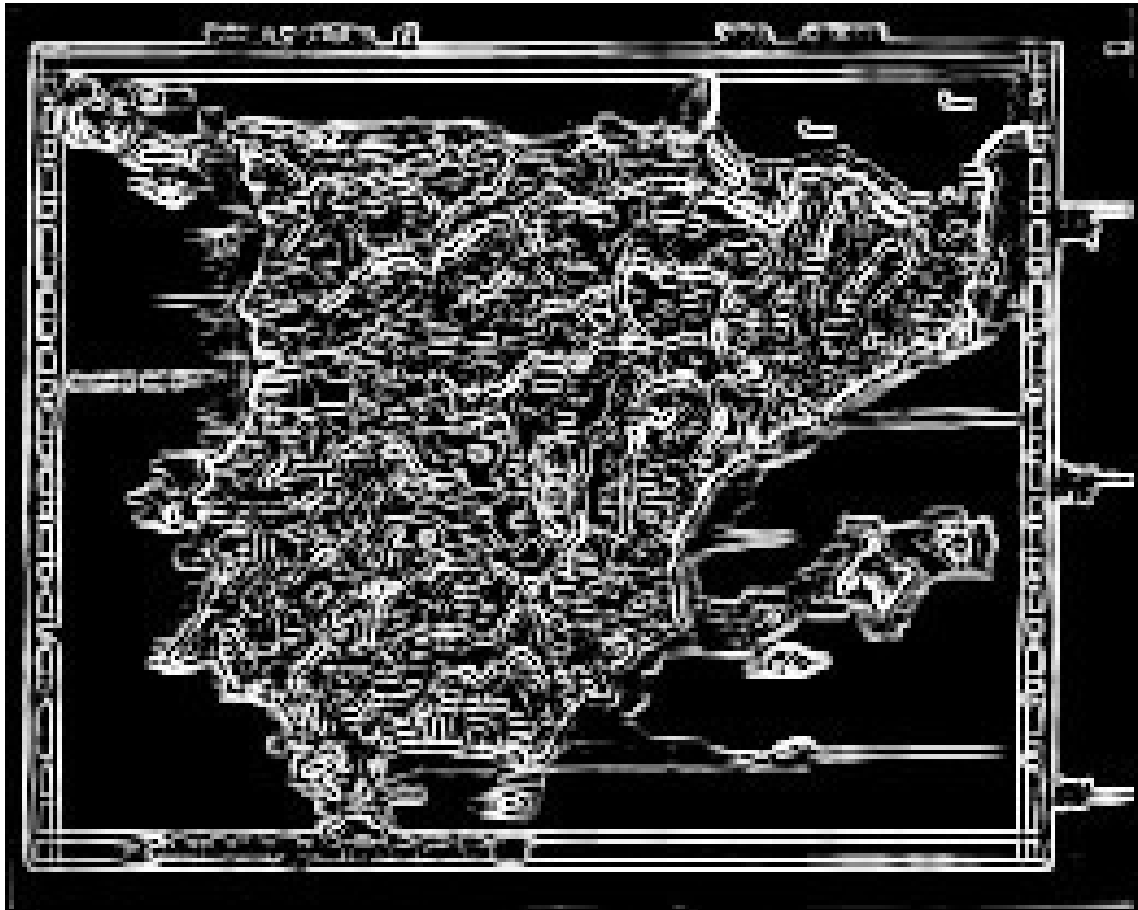


con la idea de que su voz se pareciese cada vez más a la de su hermano Fernando. En paralelo empezó a ingerir con regularidad más una dosis extremada de mesura, un ron traído a casa desde la costa tropical de Granada, y del que a la vez que tomaba una medida del mismo, forzaba la voz prolongando el sonido de un fonema abierto con el objeto de ser emitido lo más grueso posible. De esa manera había aprendido a hablar desde la parte posterior de la garganta y conseguía emitir falsos sonidos graves mientras su voz le iba cambiando en cuestión de semanas. Así lograría poco a poco pasar desapercibida, y no ser reconocida como una voz emitida por una delicada dama de la aristocracia madrileña. Incluso aprendió en pocos días antes de la partida al sur de España, a hablar con el diafragma mientras bajaba el mentón y la cara para que el sonido de su voz se escuchase todavía más grueso y parecido al de cualquier varón de su edad. Cambió en pocos días de hábitos y de apariencia. Se acomodó con toda la vestimenta y utilería de su hermano, a la que modificó hábilmente hasta el más insignificante detalle con la ayuda de una costurera. Lo último que hizo sería procurarse determinado unguento para aplicarlo fundamentalmente sobre sus manos y cara, que le proporcionaba una tez oscura con cierto parecido a la de un varón con una barba incipiente de varios días.

Únicamente bastaron un par de semanas para que Ana de Mendoza estuviera preparada para emprender la misión a la que su hermano lisiado no podía ni responder ni faltar. Por mediación de este último, y con la decisión firme e irrevocable, Ana se hizo acompañar de dos oficiales de máxima confianza a los que el propio Cepeda sin cesar un momento de maldecir y refunfuñar, eligió y puso al corriente con todo lujo de detalles de la empresa a la que partía destinada su hermana pequeña.

Todo estaba ya preparado y cerrado para la expedición. Todo obtenía por fin el beneplácito del alférez Cepeda y sus cómplices camaradas con el guión aprendido. Solamente esperaba aguardar la fecha de partida para que los acontecimientos cuadrasen en el calendario sin demoras y sin levantar ningún tipo de sospecha.

## II- CAMINO DEL SUR.



La noche pintaba negra como un tizón insolente. La última posta con la que cabalgaban a punto de reventar los caballos en la marcha desde Madrid a Sevilla, excedían ya los límites normales para humanos y bestias. Se había hecho sin relevo en una de las estribaciones del Valle de Alcudia de madrugada, y desde allí no pararían en todo el día sino en los alrededores del castillo de Almogávar para refrescar cuerpos y almas durante menos de un par de horas. Tenían los de la partida la firme decisión de afrontar por el Camino del Armillat la travesía de

Sierra Morena, y a medida que avanzasen según la resistencia de las caballerías y las condiciones del terreno, atacar la ruta por el Camino Real de la Plata o de las Ventas. Para ello seguían con meticulosidad el mapa de Villuga que cuidadosamente portaba Cepeda —el de mayor rango—, en una de sus alforjas, y que de vez en cuando consultaba para obtener referencias.

Los tres oficiales estaban al borde de caer exhaustos por el cansancio, y molidos por la dureza de las sillas de montar ligeras que habían elegido en la misión. Pese a todo, una fuerza descomunal de amor propio les animaba en la gesta a exprimir al máximo las posibilidades de caballos y jinetes. Durante el viaje habían ya reventado a dos de ellos que hubieron de rematar sin piedad a pistola para aligerarles la muerte, y dejaron abandonados a la vera de los caminos para pasto de alimañas. Así, algunos tramos en los que no decidieron cambiarlos para ganar tiempo, hubieron de ser cometidos soportando algún equino a un par de jinetes sobre sus lomos. Tampoco pararon de hablar en esa jornada de otro soldado que sirvió a las órdenes de Felipe II y que se estaba convirtiendo en un escritor emergente: “un tal Cervantes” —profería Ana de Cepeda—, cuyos padres residían por estas fechas en Córdoba, y que ya estaba dando que hablar por sus escritos en todos los rincones del reino. Esa jornada apenas habían tomado algún alimento sólido en todo el día, y cuando pararon junto a Almogávar, no les quedaba sino un puñado exiguo de ajos verdes, y un poco de tocino rancio envuelto en rafia desde el inicio del viaje. Todo el bastimento lo repartieron equitativamente en raciones pequeñas dada la cantidad que les restaba, y que una vez erogado, engulleron junto a una fuente de agua fría que les dio vida a todos, pero sobre todo, otorgó alas a los caballos para la continuidad de la marcha.

Era a finales de mes de septiembre. Había sido un año de lluvias intensas y los caminos estaban intransitables. Decidieron tomar la ruta de las Ventas para de esa manera y aunque fuera por una sola noche desde que salieron de Madrid, dormir en un camastro de cualquier tipo, y dar descanso a las caballerías hasta enfilear Córdoba y optar por el cambio de las mismas en la primera posta que se tropezaran. Sabían que poco les quedaba para alcanzar una de ellas que aparecía marcada en el mapa, y que se encontraba en esa ruta de la que se escuchaban elogios en todos los rincones del reino por sus embutidos y lechón frito: “La Venta de Orán”. En ella —y con un poco de suerte—, pasarían la noche hasta que bien

temprano pudieran reanudar la cabalgada.



Unos candiles de aceite encendidos y unos ladridos de un perro encadenado junto a las diminutas luminarias, les anunciaba de la proximidad de la misma. De haber errado en el camino, se trataría contrariamente de un cortijo donde como mínimo y con suerte les garantizarían agua para las bestias, además de un pajar donde estirar las espaldas molidas por el trasteo de los caballos a cada uno de los oficiales.

Un orondo lugareño que atendía al nombre de Efraín alarmado por el ladrido del perro mediano de color canela, salía atropelladamente a la puerta de la cortijada para identificar el origen de las advertencias del chucho. Comprobaba con asombro en el contraluz que originaba la noche, la llegada de tres viajeros a caballo, y que con la extrañeza de no ser una vía frecuentada por nadie a no ser por sus propietarios, pudieran aparecer como salidos del interior de la tierra.

Estupefacto por la presencia de los forasteros y con voz aguardentosa les daba el alto:

— ¿Quién va? —Profirió el cortijero al que le acompañaba en una mano un cayado de grandes dimensiones, y en la otra el tentemozo de su carro desarmado a modo de defensa—.

— ¡Gente de paz! —Contestaba el alférez Cepeda—.

— ¿Es acaso vuesa merced el mesonero Ponciano Cagalíndez de la Venta de Orán? —volvía a preguntar el segundo oficial a escasos metros de distancia entre los alaridos persistentes del podenco.

— ¡Créanme sus señorías que se han equivocado de carril, ya que en el que se encuentran muere a las puertas de esta casa, y la venta que andan buscando les ha quedado como a media legua más atrás! —Afirmó con rotundidad el labriego—.

— ¡Maldita sea nuestra suerte! —Gritó Cepeda—. ¡Ni los cuerpos ni las bestias están como para retroceder a estas horas de la noche, y menos para derrochar el tiempo a sabiendas de lo que nos estamos jugando!

El campesino, con un desparpajo fuera de lo común y entrado en ánimos por lo desprevenido del encuentro, se atrevía sin ser ventero a hacerles una oferta para alojarse:

—Han de saber los señores que pese a no ser esta la afamada Venta de Orán ni nada que les parezca, y viendo las horas que se nos presentan, bien les valdría pasar la noche —o el rato que consideren— bajo techo de este modesto cortijo.

—No dispongo, —continuaba con su prédica Efraín—, de los manjares del caradura de Cagalíndez que roba a mansalva a los viajeros que pesca con la mentira del lechón frito o la liebre al ajillo, puesto que no es lechón sino verraco viejo de descaste, y que de lo otro mejor no hablar porque tampoco quedan gatos en siete leguas a la redonda.

—Aunque bien mirado podría ofrecerles un gazpacho fresco con morcilla de cebolla y arroz de la que hacemos de toda la vida en esta zona, acompañado de un azafate de aceitunas machacadas. De postre algo de pan de higo, que a buen seguro, les revivirá del cansancio que les ha causado el camino y sobre todo al alférez le hará cambiar esa cara pálida y enjuta con la que llega a esta su modesta casa.

—Eso sí, —continuaba el locuaz lugareño no dado a hablar con mucha gente por haber optado por la vida en solitario—, el pique del condimento de mis delicias, es de pimienta negra como el de siempre, y no de una tal guindilla roja que rabia que le han traído de Indias

al Cagalíndez para añadir a todo y hacer que los viajeros consuman más vino.

Además —continuaba en solitario el ventero— solo hay una cuestión que debemos dejar clara: el precio lo pactamos de antemano, y me da el barrunto que les ha de parecer ecónomo.



Los tres oficiales que no podían ni con el peso de sus camisas mientras que Efraín no les daba oportunidad de abrir sus bocas, se miraron con fijeza y casi sin mediar palabra asintieron de forma unánime.

— ¡Pasen sin esperar más y tomen enea! —prosiguió Efraín.

— ¿Qué dice el tosco hablador que tomemos mi alférez? —preguntó uno de los de la partida.

— ¡Dice que tomemos asiento! ¡Vaya! Que nos ocupemos de sentarnos —contestó Cepeda—, que la noche es corta y obligada para el descanso.

Esa noche mientras daban cuenta con avidez de la comida preparada sobre la marcha, el

improvisado ventero ataba las bestias junto al pajar en un cobertizo, proporcionándoles agua y paja seca. Poco más tarde, a los oficiales les habilitaba en una especie de henil adyacente al caserío, unos jergones mullidos donde con total seguridad dormirían a pierna suelta.

El cortijo, desvencijado y repleto de aperos y trastos inservibles que se acumulaban sin orden con el paso de los años, no era del todo incómodo. Dos quinqués de aceite colgaban orgullosos en la entrada, mientras al fondo del primer cuerpo, una reconfortante candela de leños de encina, ardía sin pausa bajo un humero ennegrecido por el tiempo. Al amparo de este, unos palos abetunados por el hollín de considerables dimensiones, sujetaban sin dejar caer al vacío lo que había sido sin duda una buena matanza, soportando sin inmutarse, una docena alineada de morcillas, y varias tiras de tocino ahumado. Mientras terminaban la comida y daban cuentas de una succulenta jarra de vino de pitarra elaborado por Efraín de una viña propia que refrescaba mediante unas cuerdas suspendidas en el pozo contiguo al caserío, el nuevo posadero no cesaba de contar —como si no hubiera hablado nunca— infinidad de chismorreos acaecidos en la Venta de Orán, y a su vez, miles de patrañas reales e imaginadas de Ponciano Cagalíndez, colega repentino en las tareas de posadero. Llegado un momento de extremo cansancio, Cepeda optó por cerrar la conversación advirtiéndole al ventero que los llamase antes del amanecer para emprender la marcha hacia Córdoba, y que a renglón seguido, tuviera preparada la minuta con el importe de las pernoctaciones.

Efraín pasó la noche en vela pensando en el negocio que por hacerle la competencia al bribón de Cagalíndez acababa de iniciar. No dormiría nada imaginando las reformas y comidas que habría de emprender con tal de quitarle clientela al vecino de Orán. Tampoco paraba de contar y elucubrar con los dineros que podía hacer, o la fortuna que le acarrearía el negocio, siendo su única obsesión, la forma de estropear los amaños y los guisos de gato por liebre de su vecino.

Nada más levantarse los oficiales a una llamada de Efraín antes de la salida del sol, y después de aclararse las caras con agua del pozo en un cubo de madera, Cepeda se dirigía nuevamente al ventero para agradecerle los servicios y pagarle la noche de estancia. El mismo, con un aplomo fuera de lo corriente, les respondía:

— ¡Las tarifas no se han movido desde que yo mantengo y dirijo este regio establecimiento

caballeros! Y por hacer la competencia al de la venta de Orán, les he de decir que el precio por persona y día asciende a un maravedí incluido el mantenimiento de su respectiva bestia; eso sí... ¡Si a vuestras ilustrísimas les parece caro, trataríamos de mejorarlo no siendo yo el que pusiera inconvenientes en el trato!

Ana de Cepeda viendo que al pobre mesonero improvisado se le estaba yendo la cabeza después de su primera noche de beneficio, echó mano a su escarcela y le alargó tres reales de plata. El alférez advirtió rápidamente, y por los ojos que puso Efraín, que tal vez por primera vez en su vida el ventero tuviese la oportunidad de conocer dicha moneda reluciente, a lo que el mismo contándolas una y otra vez durante un largo rato y en un alarde de gallardía añadió:

— ¡Exacto, todo en su sitio! ¡Este complacido ventero que ha tenido el gusto de servirles, no tiene que devolverles moneda alguna ni darles vuelta que pudiera llevarnos a equívoco!

— ¡Marchen con Dios y vuelvan por esta su casa cuando les plazca!

Orientados casi al alba por el que había hecho propósito de competencia al ventero Cagalíndez, fueron guiados por una vereda estrecha durante un trayecto corto hasta alcanzar de nuevo el camino de las Ventas rumbo a Adamúz. Al cabo de un rato, la expedición con nuevos bríos, arrancaba al trote su jornada de viaje.

Con los primeros resplandores del día, y desde la lejanía, Efraín que se había encaramado con dificultad a una lastra de granito, no paraba de repetirles las excelencias de lo que sería su nueva abacería para futuros viajes, rogándoles a la vez que extendieran la noticia al paso por las vegas de Córdoba y Sevilla. Cepeda y los oficiales que no prestaron el mínimo caso a las voces del enajenado, espoleaban con determinación a los caballos, esperando encontrar alguna posta cercana para ganar tiempo sin detenerse en su llegada a Sevilla.



### III.- LA VISITA.



Eran dos los viajes que anualmente se anunciaban a Indias: abril y agosto. Casi siempre al amparo de imponderables circunstancias y la picaresca, no llegaban nunca a coincidir en las fechas advertidas. Este verano tampoco se cumpliría con el calendario previsto, por lo que metidos ya en octubre y en el puerto de Sevilla, la expedición esperaba con impaciencia la partida desde hacía varias semanas. El salvoconducto que había portado Cepeda hasta el puerto, le abría las puertas en pleno otoño al viaje. Tampoco escapaba el alférez en Sevilla al miedo por el estricto control de las autoridades inquisitoriales mandadas por la Casa de la Contratación sobre las naos de carga, y los supuestos tejemanejes de cargos afines a Felipe II en cuestión de robos o contrabandos. De esa manera se permitía a las partidas salir de la

península con mayor facilidad, para que una vez llegados a las islas Canarias como punto de reinicio del viaje y de abastecimiento, reiniciar la travesía hasta América.

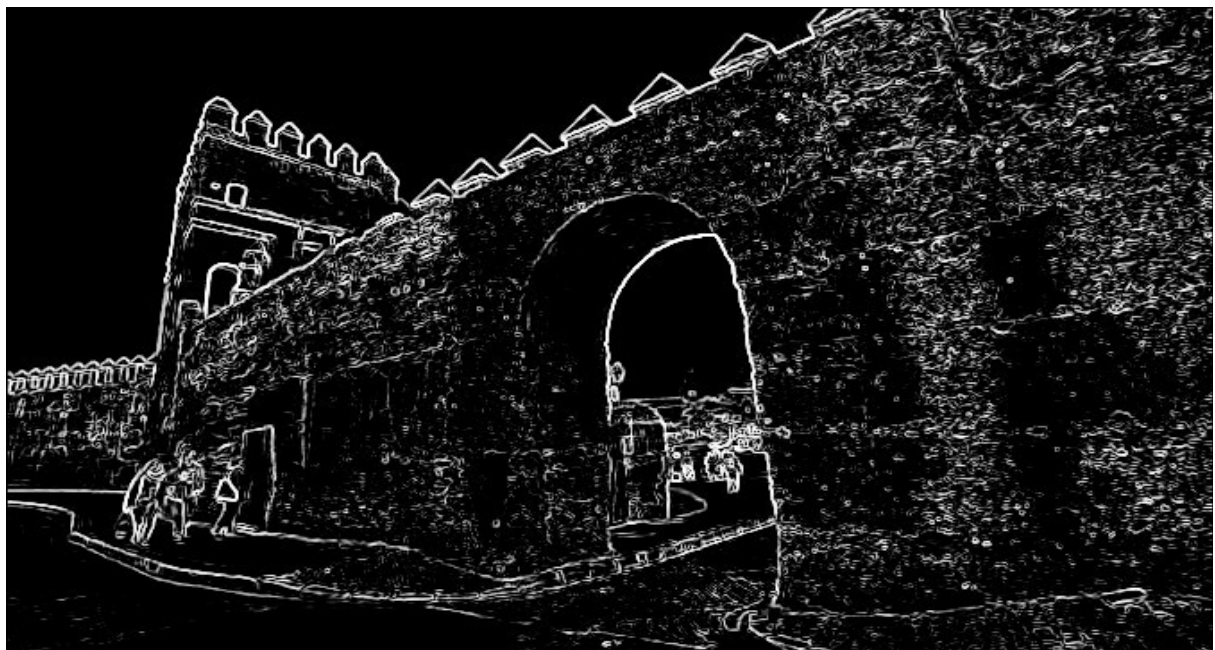
La Casa de la Contratación de Sevilla había anunciado mediante un emisario, la realización de la pertinente visita de inspección sobre la expedición que partía próximamente a ultramar. Todo bajo el pretexto consabido de mantener las buenas costumbres, la fe cristiana y la de la Santa Madre Iglesia de Roma. Además, se debía preservar la partida de forma que no se contaminase ni pudiera contagiar a las nuevas tierras que se descubrían. El Santo Oficio y el tribunal de la Santa Inquisición no cesaban en la búsqueda de todo lo que supusiera herejía, ya que por estos años, andaban obcecados en vigilar textos o manuscritos que pudieran difundir ideas contrarias a las promulgadas por el cristianismo. Nada era extraño a la rutina ejercida durante la visita y que difiriese de lo efectuado en otras ocasiones. Este año, el retraso que llevaba a la expedición a demorar la salida desde agosto hasta octubre, se debía a problemas de abastecimiento. Sobre todo desde las minas de mercurio en Almadén, hecho este, que traía de cabeza a más de uno de los encargados en montar la flota. El día anunciado para la de inspección coincidió casualmente con el de la llegada del alférez Cepeda a la ciudad.

El militar había sido advertido del acontecimiento aunque en esa ocasión, una serie de movimientos de personal junto a las naves inusual para los nativos, despertaba una retahíla de sospechas que llegaban hasta sus oídos sin entender todavía nada. El contacto de Cepeda en el puerto, y a su vez encargado de embarcarlo en su momento en el patache al que había sido acordado enrolar, comunicaba personalmente al veedor algunas instrucciones previas. Era estrictamente necesario que antes de medio día, hora en la que comenzaría la visita, y sabiendo todos sitio y oficio a desempeñar en el barco, debieran de ausentarse del mismo por razones de carácter secreto. Sabía en demasía que podía ser detenido e incluso, acusado de hereje si se hacía ver por las inmediaciones. Eran de sobra conocidos los métodos con los que se empleaba el Santo Oficio, puesto que en todos los mentideros, se sabía de su implacable poder.

El contramaestre daba igualmente instrucciones concisas a todo el personal de emplearse con el máximo de sigilo y disimulo posible. Además deberían de alejarse en la misma medida del puerto de Sevilla, hasta la caída de la tarde. Este hecho hizo sospechar a Cepeda sobre

manera. El Santo Oficio nunca permitía el abandono de los barcos a cualquier persona hasta su visita, pero se relajaba a renglón seguido ante la idea de la influencia que le había proporcionado el contacto del puerto de Sevilla, y el trato de favor obtenido. A la hora establecida y con la marea, emprenderían la marcha río abajo. Siempre eso sí, que los resultados de la acción inspectora y los inquisidores fueran favorables. Pensó por momentos que ese año las cosas no estaban precisamente bien por las revueltas de los moriscos y todo lo ocurrido en esas fechas.

La orden directa de abandonar momentáneamente la escena que recibía Cepeda era dada igualmente por distintos oficiales que componían el mando. Todos incluido Ana de Cepeda que habiendo sido enrolados con carta de recomendación, hubieron de quitarse del medio durante algunas horas de la jornada. Ana de Cepeda se despedía de los dos oficiales que desde Madrid le habían acompañado hasta el puerto de Sevilla, quedando emplazados en Cádiz para el viaje de vuelta dentro de tres meses con cierta preocupación por la soledad a la que se sometía ahora. Pero lo que más preocupaba al propio alférez Cepeda era ser descubierto, porque a excepción de los miembros de su expedición que habían partido con ella, y el contacto del puerto, nadie sabía en Sevilla la verdadera causa de su misión ni el por qué de su presencia.



Las horas previas al regreso hasta el lugar de amarre del San Cristóbal, y a la hora acordada, las dedicó Cepeda a callejear por las angostas calles de la judería sevillana. Llegó incluso a traspasar las murallas de la ciudad y departir en los arrabales con gentes humildes o desahuciadas. Alguna que otra ramera le salía a su encuentro confundiéndole con un hombre, para ofrecerle sus carnes por una moneda, o algo de comer para llevar a su boca. El militar sería abordado e identificado por un escuadrón de soldados en una de las puertas del norte de la ciudad. Hasta ella había llegado Cepeda por el exterior de la muralla, y siendo la situación altamente comprometida, se resolvería desde el momento en que el mismo fue debidamente identificado por el salvoconducto que portaba donde se establecía su empleo y grado. Una vez repuesta del mal trago, y ya entrada la tarde, los rigores del estómago vacío llevarían a Ana hasta una abacería pequeña próxima a la catedral de Sevilla. Allí gastó en queso añejo de oveja, media hogaza de pan y una medida de vino, las últimas monedas que todavía le quedaban desde el inicio de su partida hasta su llegada a Cádiz donde recibiría instrucciones y dinero en la base naval de galeras del imperio en el Puerto de Santa María. Comió, bebió y se sació, a sabiendas que era lo último en entraría en su cuerpo en tierra firme durante muchos días. Sentada en el suelo de la Plaza de San Francisco, con el sol tenue dándole de frente y amodorrada con el sopor del calor de un día soleado del otoño sevillano, descabezó un sueño durante escasos minutos. Más tarde, se quedaba sorprendida con la imagen impactante de una mano humana clavada en un poste, y con el nombre de su dueño escrito en una tablilla de madera. Su mutilado amo, sufría un correctivo por La Inquisición, y el ejemplo de esta para el pueblo, podía contemplarse como tarjeta de visita.

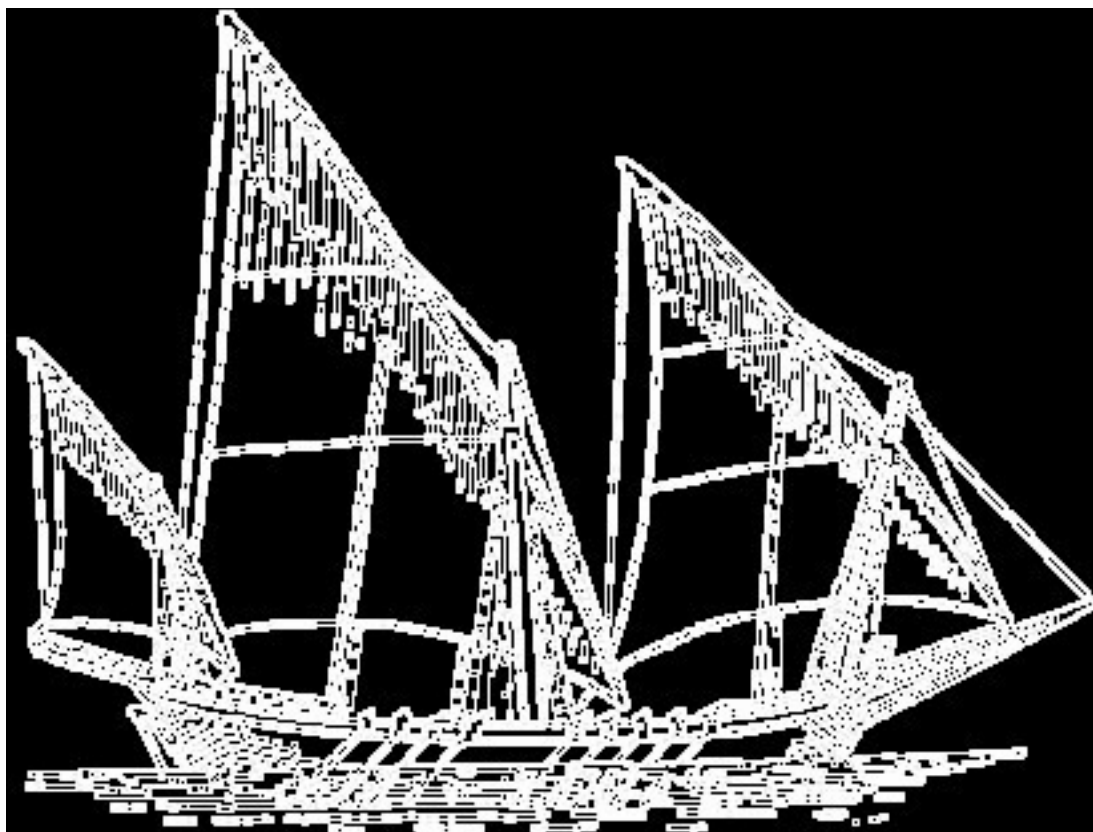
A las cinco de la tarde hizo acto Ana de Cepeda ante el galeón atracado en el puerto tal y como le habían ordenado. El oficial de mar le informaba de que la visita había concluido sin ningún óbice para la partida. Todo estaba en orden y libre de obstáculos para el inicio del camino hasta la bahía de Cádiz. La limpieza de elementos herejes y moriscos estaba garantizada, quedando Compañía e Iglesia, con garantías suficientes para emprender otro año más un nuevo viaje. Para ello se había levantado acta por un escribano mayor del acontecimiento, haciéndose especial incidencia en la ausencia de libros ni manuscritos que pudieran poner en peligro la fe cristiana, no existiendo pues documentos que una vez embarcados, alumbraran en otros mundos supuestas herejías.

— ¡Aquí paz y después gloria! —Era la última frase del inquisidor Fernando Valdés tras el asentimiento y firmas para la marcha—.

Tan solo quedaba el ritual postrero de confesar y comulgar como era tradicional antes de la partida. Todos los del barco acataron las normas sin rechistar incluida Ana de Mendoza.

Limpia la carga y limpias las almas, la partida estaba garantizada.

#### IV.- ENROLARSE EN PATACHE.

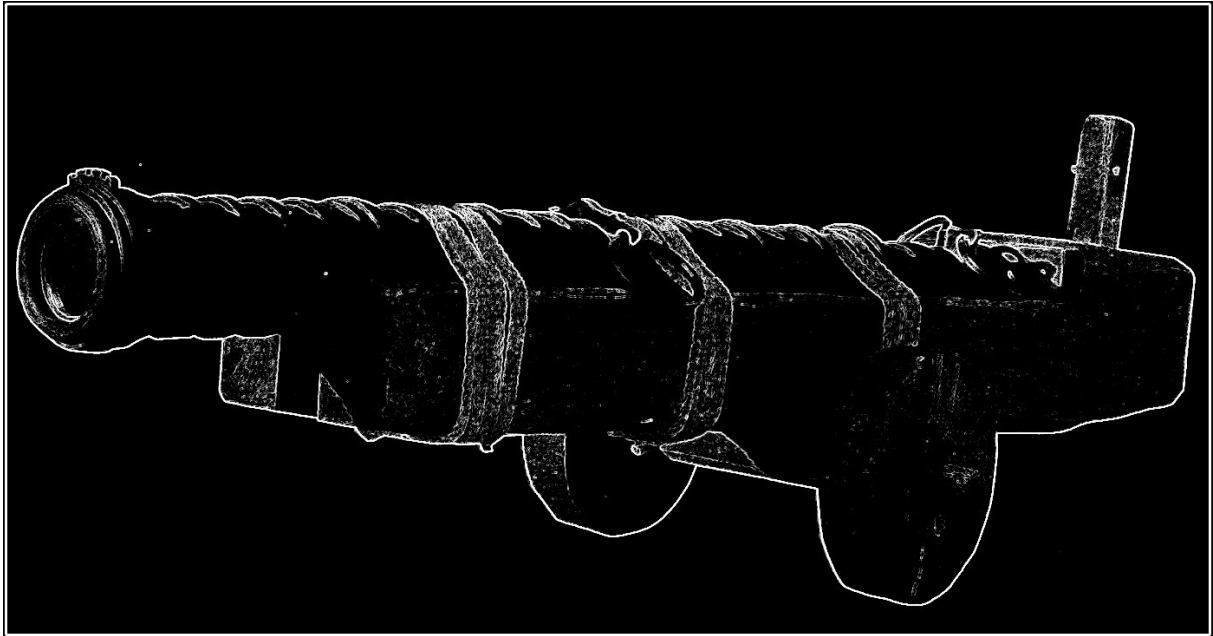


A Ana de Cepeda, se le otorgaba el privilegio de enrolarse en un patache en el Puerto de Santa María a su llegada de Sevilla, en una de las naves que invernan con destino a galeras en el mismo, y en la que realizaría su misión hasta Canarias para la que arribaba desde la capital del reino. La nave era de aviso. A la misma, a la que se le había aprobado su marcha, sería recargada con tripulación, galeotes y mercancía pese a lo estricto de las normas. La costumbre permitía hacer algunas veces la vista gorda a los legisladores sobre la inclusión de géneros en naves pequeñas y ligeras, por lo que el mismo pondría rumbo a las islas a la espera de la llegada del grueso de la flota, aunque su inicial objetivo se basase en abrir

camino sobre la posible intromisión y ataque de naves enemigas o piratas.

En la bodega, la carga se distribuía —dado el poco espacio con el que se contaba— con sumo esmero en la repartición de los pesajes. La misma estaba formada por víveres, agua y munición en su mayor parte para repeler el ataque de los piratas que en esa época no dudaban de arremeter contra todo lo que les supusiese beneficio. También aparecían pequeños fardos a los que el vulgo identificaba con los pagarés, y que se utilizaban como moneda de cambio en las islas. Casi siempre, estaban rellenos de alguna mercancía para el estraperlo.

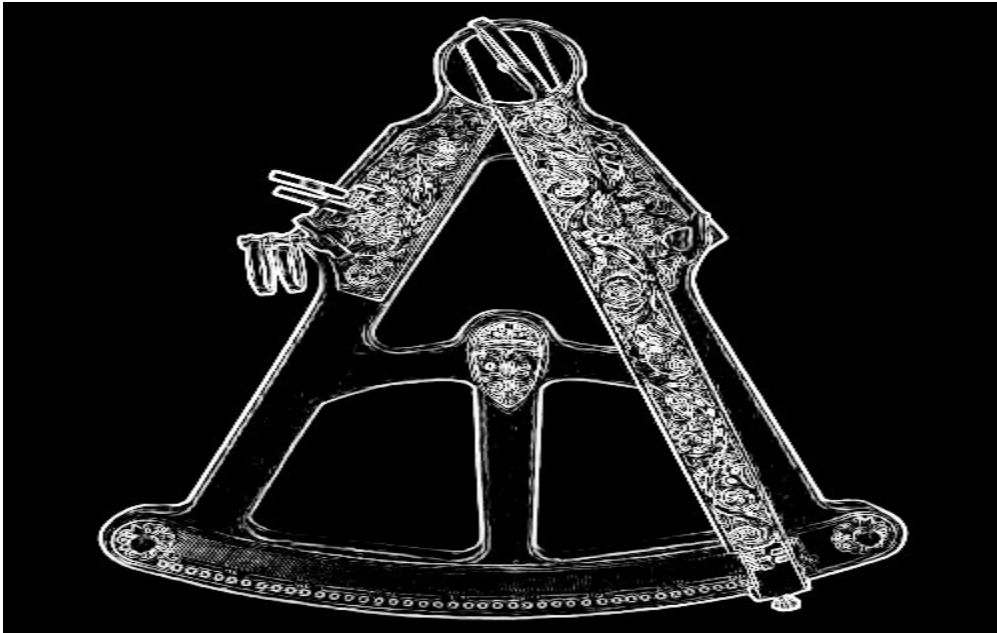
El barco era de porte ligero, armado con 24 cañones de medio alcance, y con una tripulación de 25 hombres más 20 soldados. Estaba gobernado por un marino de la estirpe de los Ventura de Mendoza, adiestrado en mil y una batallas, junto al arte de la navegación rápida. Se acompañaba siempre de una vara de acebuche que con insistencia hacía restallar en el aire para marcar territorio. Su calado ligero, de unas cuarenta o cincuenta toneladas, le facilitaba la misión a la que se venía entregando los dos últimos años: adelantarse y vigilar hasta emprender la travesía en solitario. También se fletaba para comunicar en Cuba o en tierra firme los dos destinos de las expediciones, puesto que la flota partía pocos días después, y todo debía estar preparado como de siempre para el recibimiento de las mercancías y personajes que casi siempre viajaban. Los piratas eran sabedores pese a no hacer acto de presencia en este viaje, que un patache ligero no era codicioso en botín excepto sorpresa inesperada. Conocían que no transportaba teóricamente más que a una expedición encargada de abrir camino y noticias, y por las leyes de la piratería escritas, sabían que en su pequeña bodega siempre se camuflaba mercancía de valor arriesgada de aprehender. Esta en la mayor parte de los casos, servía para abrir puertas o comprar favores. Igualmente en el mundo filibustero se sabía de sobra la peligrosidad del pequeño navío, puesto que sus capacidades debidas a su rapidez y armamento, le asemejaban a la picadura mortal de una víbora acorralada, cuya agilidad y fluidez en la maniobra, era capaz de matar con su veneno al más grande de los animales mortales.



Horas interminables tardó Ana de Cepeda en acomodarse a su nuevo espacio vital. Los primeros mareos; las primeras horas sin dormir ante las acometidas del barco por la fuerza de la mar; las primeras tareas a golpe de voz hiriente por parte de los que mandaban en el patache. Todo parecía importar poco con tal de iniciar la misión, y tratar de descubrir la verdadera trama junto a los responsables del robo del mercurio.

De las primeras cosas que haría Ana a bordo sería familiarizarse con aperos, personajes y faenas de la nao. Supo en poco tiempo los que componían la tripulación distinguiendo con rapidez a la gente de cabo y a la gente de remo, y entre ellos al personal de guerra o de mar. Conoció con rapidez a casi toda la chusma que embarcaba. Estuvo pendiente de las ordenanzas del cómitre, sota cómitre y demás oficiales a los que acompañaba día y noche. Recorrió uno a uno los más recónditos rincones del San Cristóbal demandando información a todos sus pasajeros con independencia de oficio, amparado en su condición de veedor real. Conoció de primera mano los instrumentos de navegación y hasta los más mínimos detalles de palamenta y cabos que tanto en cubierta, como en bodegas y arboladuras, eran dispuestos para la boga y navegación.





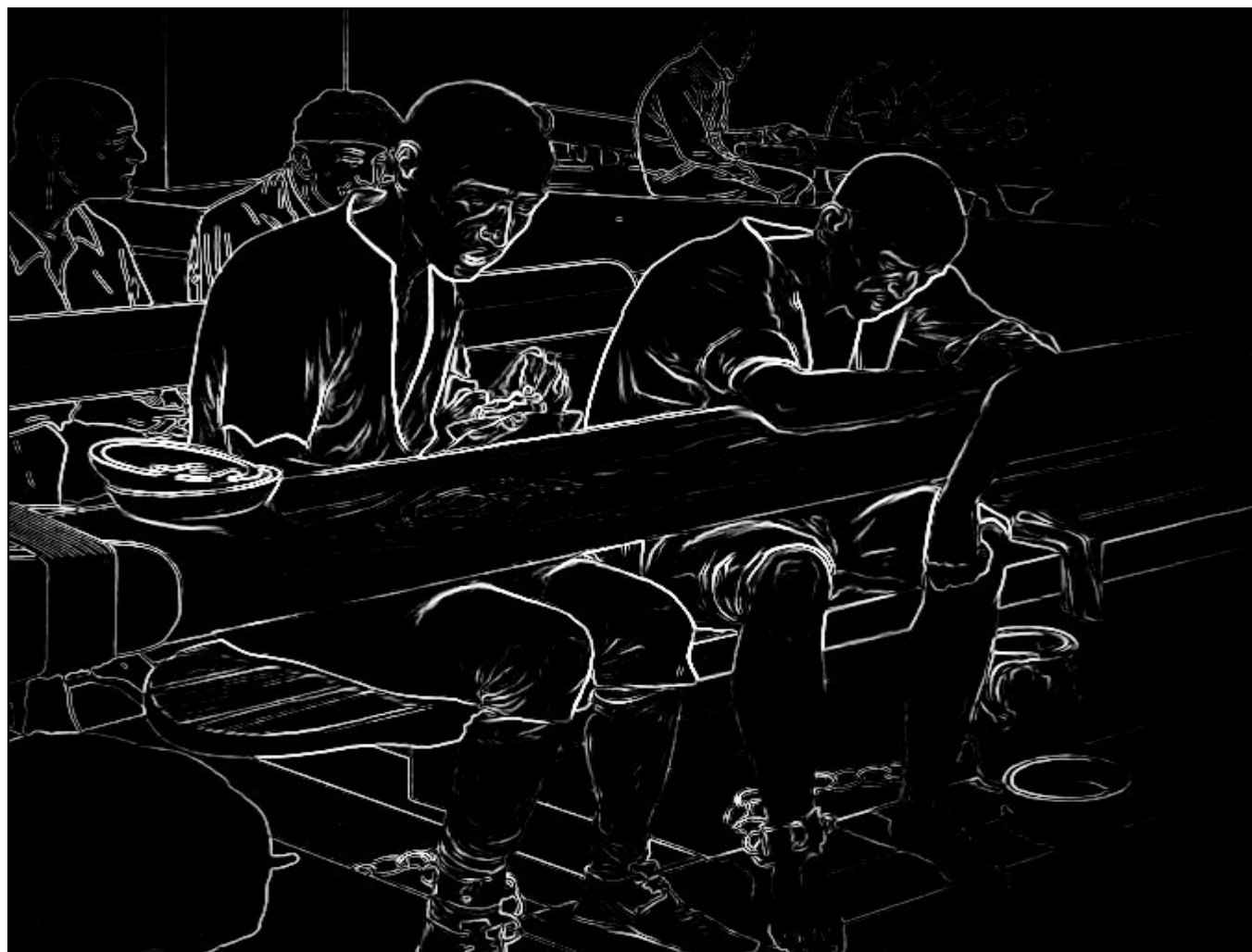
Promovió conversaciones con oficiales y subalternos mientras procuraba establecer relaciones de amistad estrechas con Mendoza el capitán del patache, para granjearse su simpatía, no sin que este último despertara alguna sospecha ante Cepeda por el desconocimiento total de un alférez del reino sobre la mar, y por su aspecto barbilampiño y débil que no le cuadraba como un aguerrido veedor de galeras al uso.

Los primeros días repetía con parsimonia el ritual llegando a acostumbrarse al rancho de galleta de bizcocho y caldero de habas sin remedio. Recorría despacio desde cubierta hasta bodegas o camarotes una y otra vez observándolo todo, y en su mente se hacía infinitos cálculos de las posibilidades y condiciones del barco al que palpaba con afán de proa a popa insistentemente. Se había provisto de un carboncillo para la escritura y dos rollos de papel grueso donde anotaba cada uno de los conceptos y términos que barajaba, así como las incidencias que percibía en sus continuas rondas. De esa guisa estuvo durante toda una

semana hasta que llegó a familiarizarse con cualquier elemento material y humano para la navegación.

El discurrir de los días y la boga anclada en una profunda rutina haría el resto, aunque la información sobre su misión por la que se encontraba navegando se hacía enrevesada.

## V.- NAVEGANTES PENDENCIEROS.



Cepeda no cejaba un solo momento de su viaje en el intento de entrometerse entre galeotes y tropa con tal de descubrir alguna patraña. En este viaje la jaula de calandrias estaba repleta de gentes de mal vivir recogidos en el puerto de Sevilla, y Gonzalo Xeniz entre ellas, era un clásico de la noche y pendencias en esa capital. Ana de Mendoza consideró que este penado en galeras podía aportarle alguna información de la que ella buscaba en su

viaje. Durante unos días lo observó de cerca hasta ganarse un mínimo de confianza. Le confesó a Cepeda, que se mantenía vivo pese a su relativa juventud después de innumerables duelos, amenazas de muerte y no menos huidas de alguaciles y gentes de orden, y que siendo un personaje aguerrido, valentón y crápula sin medida, se había embarcado en ese viaje como casi todos los alistados por las casualidades de la vida. Según él, por mal de amores. Llegó a decir a Ana que huía de Raquel, —una atractiva mujer joven —, casada e inteligente, a quien había amado hasta volverse loco sin poder haber sido correspondido ni cómplice. Por ello, y por ocultar durante varios años ante su mujer y su prole los sentimientos que ante esa mujer sentía, las circunstancias sin remedio alguno lo empujaron al exilio. Supo Cepeda en el barco de buena tinta, que lo que verdaderamente lo espoleaba a batirse en cobarde retirada de su tierra, era el miedo aprensivo a un ajuste de cuentas con final trágico. O tal vez la horca en la Plaza de San Francisco con motivo de algún hurto o deuda de juego impagada, y no a un recurrente temor a la pasión que Raquel le despertaba. Algo le infundía que tal personaje sabía más de la cuenta, y que por ello, habría de obtener de él valiosas informaciones.

Una tarde de mar calma Xeniz trataba de sincerarse con Cepeda. Al mismo se le arrimaba con descarado procurando nuevas relaciones que le mejorasen su imagen minutos después de terminar su faena como remolarote:

— ¡He huido de Sevilla por amores amigo alférez! Mi corazón podía sobre mi entendimiento y mi mala vida. —Confesaba como si estuviese ante un representante eclesial en ejercicio de penitencia—.

—Salí de mi ciudad lo mismo que abandonan las ratas el barco ante el menor resquicio de naufragio, y voy buscando otros horizontes y otros mundos que me hagan olvidar la pasión por aquella mujer.

—El tiempo se tendrá que poner de mi parte cuando con su implacable espada, corte de un tajo el cordón que me une todavía en la distancia a ella —proseguía el de la chusma—.

—Me han hablado de Cuba ¿la conoce vuesa merced? —preguntó el personaje sevillano a Ana de Cepeda—.

— ¡Solo de oídas! —respondió el alférez.

—Estoy seguro de que es un lugar de abundancia que con un poco de suerte servirá para asentar cabeza y otros órganos —refirió Gonzalo Xeniz—. Cuando salga de esto y si tengo suerte, me quedo en ese sitio definitivamente, porque de lo contrario, me veo en la tesitura de volver en unos años a Sevilla y al calvario.

— ¿Y con qué se trafica por allí? —Preguntó directamente Cepeda—.

—Me dicen algunos conocidos que con todo lo que se pueda llevar a flote... incluso azogue. Aunque de ese tema preferiría no dar más detalles por lo escabroso y delicado del asunto.

— ¿Y si yo te lo pidiese como un favor personal? —Demandó Ana—.

— ¡No me atrevo! Aquí hay muchos ojos y peores lenguas. Lo único que puedo comentarle a vuesa merced es que todo el mundo en galeras sabe lo del contrabando de ese mineral, y como el mismo ha llevado a la horca a muchos y a la riqueza a otros.

No se habló más del tema en todo el viaje pese a la insistencia de Cepeda. Gonzalo no se contuvo las ganas de volver años más tarde y ese fue su condena. Después de despedirse en Canarias de Cepeda al que le juró fidelidad y amistad eterna y tras proseguir su viaje hasta finalizar su condena, se supo que hizo fortuna con las malas artes que siempre había llevado a cuestras en su corta vida.

Meses más tarde, creyéndose que ya era rico, volvía en la primera expedición a España. Conservaba la idea de seguir con la misma vida que le hizo embarcarse, y llegó enmascarado en el personaje de un indiano que respondía a otro nombre y otra identidad. Una de sus pendencias acababa con su vida siendo ahorcado un 17 de octubre de 1596. Su cadáver hecho cuartos, se expuso ante La Venta de la Puerta de la Barqueta a la entrada de Sevilla, para escarnio de muchos y para arraigar la simbología de los lugares donde tantas bravuconadas había ejercido.

No era el único que tomaba las de Villadiego para cruzar el charco y perderse aunque fuera temporalmente que pasase sin ser investigado por la veedora Ana de Cepeda. Un tal Juan García, natural y vecino de Triana, con elevadas dotes de pícaro belitre no se quedaba corto

en disputas. Su vida y fama, paralela a la de Gonzalo Xeniz, le hicieron igualmente quitarse de en medio por las tropelías a las que habitualmente estaba abocado. Sabía al dedillo sobre el mundo del presidio, los remos y las fatigas, y por todo ello, se le conocía vulgarmente con el sobrenombre del Bravo de las Galeras ganado a pulso.

Durante el viaje, mantuvo distancia con Xeniz y apenas cruzó palabra alguna con el mismo, y posiblemente, para no entrar en las habituales diatribas y broncas a las que las dos prendas estaban acostumbrados entre Sevilla y Triana.

Sabedores el uno y el otro del origen de su embarque, optaron por no cruzar palabra y mucho menos intercambiar una mirada provocadora que les ocasionara estallar a las mínima insinuación de hostigamiento.

Una mañana soleada y con la mar en calma, viendo García que Cepeda había hablado en más de una ocasión con Gonzalo de Xeniz, abordaba al supuesto veedor con intenciones de conseguir información:

—Aprecio que vuesa merced tiene don de gentes —le argumentó directamente el de Triana —.

—Buen observador mí querido amigo —respondió Cepeda—. ¿Y por qué lo asevera? — preguntó el alférez.

—He comprobado como en más de una ocasión ha entrado en charla con uno de los de la partida enrolado en este barco del que me da la impresión que no ha de ser trigo limpio.

Cepeda intuyó al instante que la situación forzada por la necesidad de información por parte de García, era cuanto menos delicada por lo que adoptó cierto aire de ignorancia.

— ¡No sé a qué o quién se refiere vuesa merced exactamente! —contestó el supuesto alférez.

— ¡Vamos hombre! — ¿Acaso no recuerda las charlas con un tal Xeniz originario y vecino de Sevilla?

—Ya caigo —contestó Ana de Cepeda, un señor despechado y ultrajado en su honor que sale

de España con mal de amores...

— ¡O por otros temas más delicados! —Apostilló con ímpetu García—.

El veedor quedaba sorprendido por la rotundidad de la aseveración del galeote, y consideró igualmente que detrás del mismo podía haber alguna pista sobre su encomienda.

—Le aseguro mi querido amigo —respondió Cepeda—, que no conozco al susodicho con la suficiencia que me ratifique su aseveración, y es más, si tanta necesidad de noticias en torno a él requiere vuesa merced, ¿por qué no lo aborda cara a cara y se lo cuestiona directamente?

El Bravo de las Galeras notó rápidamente como Cepeda capeaba el temporal y esquivaba con habilidad la cuestión. Conocedor de que la conversación no duraría un minuto más, se despedía del mercader con el pretexto de retomar cierta faena de cubierta antes de la boga, y con la desazón de no obtener un ápice de información de quien en más de una ocasión se había enfrentado de palabra y armas con él.

Ahora, compartían destino y posiblemente acusaciones pendientes. Durante lo que quedó de viaje, no volvieron a entablar conversación alguna. Ciertas reglas no escritas pudieron darse a entender entre bravucones, y tal vez, no queriendo ninguno de los dos sacar los pies del tiesto, prefirieron seguir su viaje ignorándose el uno al otro pese a haber compartido ambos los placeres y contiendas de la noche sevillana.



Otro de los condenados a remo, Marimorsa del Baratillo que así era denominado, nunca formó pendencia y nadie sabía en el patache a ciencia cierta de su condena. Había llegado a galeras como todos por alguna causa oscura perdida, y nadie tampoco, y en un espacio tan reducido donde convivían hacinados, había reparado nunca en sus costumbres para el aseo personal, o el paso por los jardines para evacuar sino entre sombras y a altas horas de la madrugada.

En alguna ocasión coincidía en esos menesteres con Ana de Cepeda, aunque las



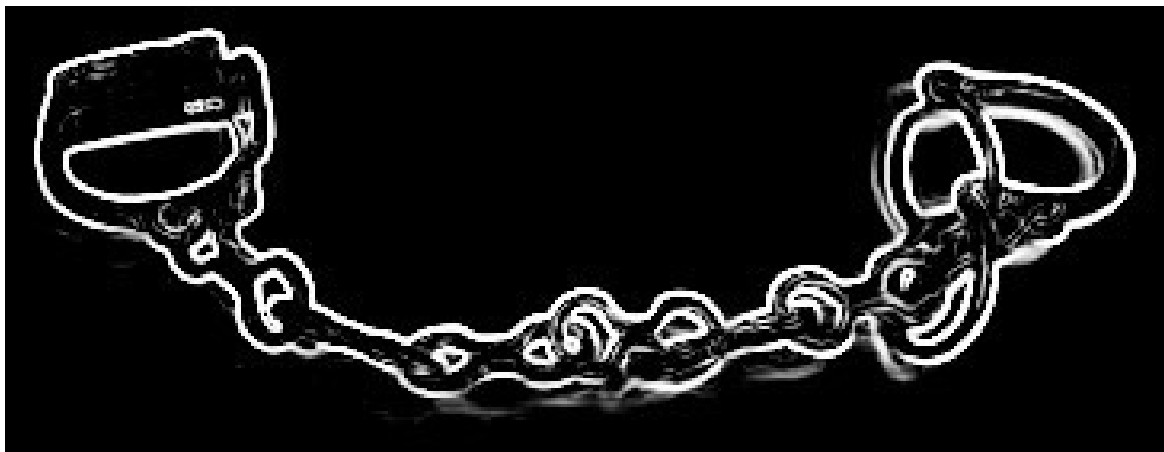
circunstancias y el cargo, mantuviesen la distancia y el silencio. Marimorsa, como algún galeote lo bautizó nada más acometer su primera jornada de remo y látigo, era de una complexión exageradamente fuerte aunque de voz débil y afilada. Todos en el patache dudaban por la apariencia femenina del remero de su identidad sexual, —excepto el capitán—. Este creía a pies juntillas que se trataba de una hembra encubierta, y que huía como tantos entre la chusma por algún mal de amores o despecho. Pese a todo, cierta tolerancia no escrita entre los embarcados excedía lo cotidiano y se manifestaba latente a diferencia de lo habitual en tierra firme. Nadie, tal vez por la condición de condena unánime a la que estaban abocados los remeros, solía salvo excepciones poner en tela de juicio las formas de cualquier enrolado por muy afeminadas u hombrunas que se manifestasen.

En la fila de condenados en la que se encontraba Marimorsa, destacaba entre todos por su corpulencia. También por su larga melena rubia y aleonada que ondeaba al aire como bandera que culmina la parte alta del barco, cuando cierta velocidad o el propio viento soplaban con determinada bravura. Además, las uñas de Marimorsa, acicaladas con esmero, tampoco eran como las de cualquier marino condenado. Su pulcritud con las que aparecían arregladas a cuchillo diariamente, resaltaban en los remos sin sufrir ningún desperfecto ni la más mínima rozadura cuando las manos del mismo atacaban con fiereza a las tareas de boga. De carácter agrio y deslenguado, Marimorsa era temido entre el pasaje por su mal genio. Confesó a escondidas a Cepeda en una noche de luna junto al beque, que el verdadero cabecilla de la trama del contrabando de azogue junto a personajes ilustres del gobierno de Felipe II a los que puso nombre y apellidos, era Mendoza el capitán del patache. Esto lo hizo bajo juramento de no decir Cepeda nada so pena de ser descubierto por chivato, de que le cortasen la lengua o ser ahorcado en el palo mayor.

Marimorsa había demostrado en más de una ocasión que ante una mínima provocación era capaz de despedazar a cualquiera con sus propias manos. Incluso a Mandoble el cómitre, que cierto día fue capaz de plantarle cara y cuerpo recibiendo por ello las caricias dolientes de su látigo con alacranes sin opción a mayor turno de réplica. Del mismo modo, y al igual que otros de los enrolados, también se la tenían sentenciada, y en alguna que otra oportunidad, había jurado por lo bajo despellejar y abrir en canal a cierto cargo de la tripulación y colgarlo para escarnio en el palo mayor del San Cristóbal.

Lo de Marimorsa vino a cuento como todos los apodos inventados en el barco por la marinería, porque cierto encadenado advirtió como la fiereza del sujeto en cuestión, se asemejaba –siempre después del asturiano Mandoble—, a alguna de las enormes y pesadas morsas que en cierto viaje oceánico se habían tropezado. Cuando el arrebató y el hostigamiento del cómitre llegaban al extremo, la capacidad de remo de Marimorsa era descomunal y diferente a la de cualquier humano. Los músculos de sus anchas espaldas se tensionaban como las maromas de las velas del barco, y sus brazos como enormes titanes, eran capaces de arrastrar por si solos a varios gigantes. Y todo, acompañado por los amarillos rizos de su cabellera que se movían acompasadamente como las mismas olas que rompían sin cesar en el casco

cansado del barco.



En ciertas jornadas cuando el viento se volvía avaro racaneando en su soplo, y el sol achicharraba inmisericorde los cuerpos de los que bogaban, la chusma se despojaba de cintura para arriba de las ajadas vestimentas y andrajosos harapos que componían sus enseres. El pudor pasaba a un segundo plano porque nadie se sentía incomodo en el espacio tan reducido al que la miserable suerte les había confinado, y los había acostumbrado al roce y a los efluvios corporales. Ana de Mendoza contemplaba la vista y apreciaba como Marimorsa destacaba entonces por su anchura de espalda y velludas axilas rubias, que dejaban además al descubierto sus pechos pequeños pero puntiagudos que recordaban a los propios de una muchacha de corta edad que empieza a la vida.

Bastaba entonces percatarse del brillo de sus ojos para calcular el peso infinito del amor que desde lo callado y el silencio estrepitoso de una galera, demostraba por Juan García y que descubriría Ana de Cepeda desde su sagacidad como observadora.

El alférez Cepeda lo controlaba todo desde la distancia intentando que cualquier situación como la que tenía ante sus ojos le diese cada día algún dato más sobre la misión en la que se encontraba enrolado.

—Algunas noches no consigo conciliar el sueño porque lo imaginaba y lo sentía a mi lado con tal fuerza, que en ocasiones no reprimía la impotencia de no tenerlo y tocarlo. —comentaba el galeote en voz baja a Cepeda después de percatarse el primero que su amorío había sido descubierto por el veedor antes de llegar a Canarias.

—Alguna perdida lágrima resbalaba de vez en cuando por mi rostro mientras me aferro con fuerza a la tabla de madera de la bodega donde descansaba. —comentaba el remero a Cepeda.

—Huelo a él, y sueño cada día con el sabor de su cuerpo y su sudor. Desde la fecha en que lo conocí en una venta del Aljarafe y hasta el momento de la partida, su aroma fluye por mis adentros con tal intensidad, que en todos los momentos del día y de la noche me parece estar aferrado a sus brazos.

Un nudo fuerte en el estómago mantenía atado a Marimorsa del Baratillo. A modo de un ancla varada en el fondo del agua, le impedía el movimiento y aguardaba sin prisas, cada uno de los amaneceres luminosos en el barco para contemplar desde babor, la silueta hombría de la persona a la que amaba. Una inesperada vía de agua en el patache a consecuencia de una tormenta, precipitó el final del romance. El capitán del barco Ventura de Mendoza hubo de desviar la nave hacia Canarias con el riesgo latente de hundirse en las profundidades del mar. La fortuna quiso que con ayuda de las corrientes llegasen raudos a tierra, aunque el tribunal de la inquisición canario sabedor de la vida y andanzas entre otros de Juan García, no tardaría en prenderlo y ajusticiarlo, siendo descuartizado y clavadas sus manos para escarnio en un poste a las puertas de la ciudad de Las Palmas.

La estrechez del patache y lo pequeño del territorio donde atracaban de emergencia, hizo

que al igual que mecha encendida, corriera de boca en boca el final del Bravo de Galeras.

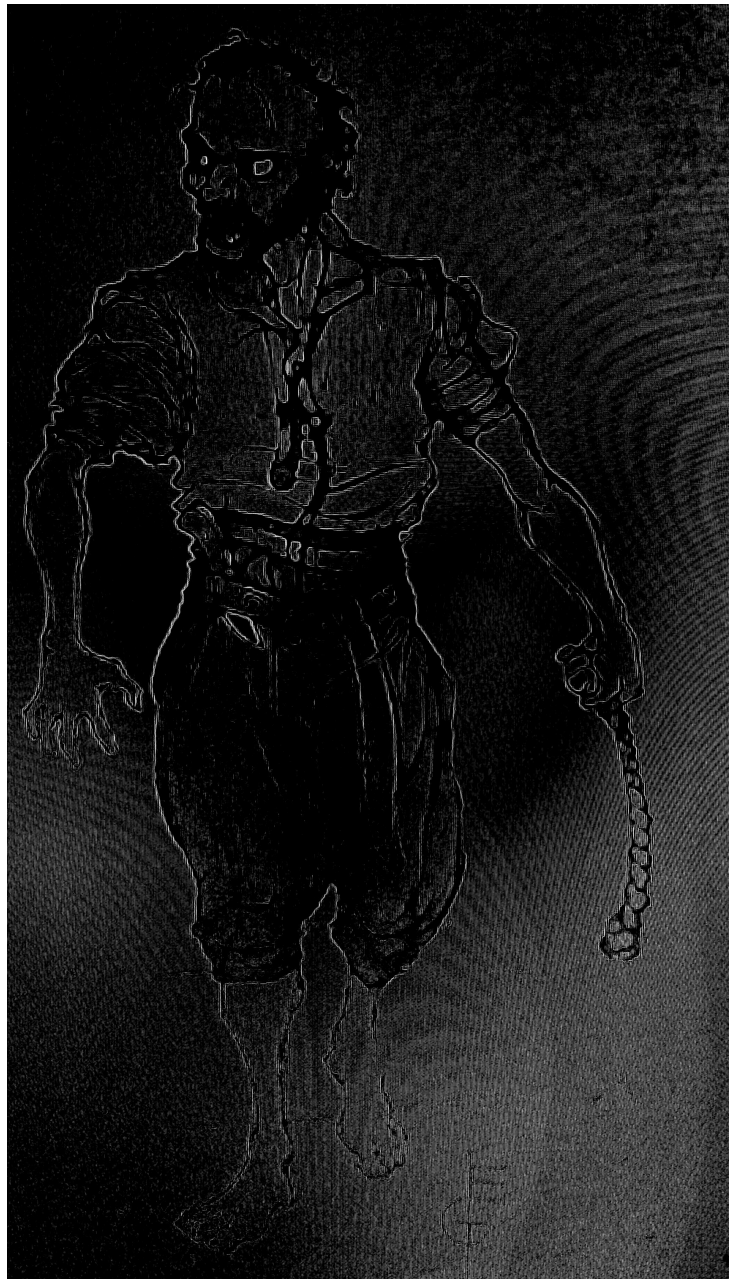
Mari Morsa, sabedor de lo ocurrido, al reanudarse el viaje y en su primera e íntima madrugada, aprovechó un descuido de la guardia dormida. Atándose una cadena a pies y manos, se lanzó lloroso y sin dudarle al fondo del océano para remediar su desazón.

A la mañana siguiente todo el barco lo daba por muerto, y el capitán Mendoza, en un alarde de prepotencia y desaire se dirigió al pasaje para comunicar el sucedido:

— ¡El galeote Pedro Pérez del Baratillo —su verdadero nombre de lista— y debido a un infortunio que desconozco, nos ha abandonado sin mediar palabra! ¡Sepan vuestras mercedes que a partir de hoy su ausencia nos beneficia en una ración más de rancho a repartir entre todos!

El océano había dictado su sentencia, y una vez más se erigía en fiscal implacable de sentimientos y deseos desatendidos. Esta vez Ana de Mendoza perdía más que un confidente, a una persona con la que estuvo a punto de sincerarse sobre su verdadera identidad y destino.

**VI.- EL ASTURCÓN DEL LÁTIIGO.**



Uno de los miembros de la tripulación al que el pasar de los años la experiencia le había

otorgado el empleo y privilegio de ser cómitre de galeotes, atendía con el sobrenombre de Mandoble.

—Tal vez la clave de lo que busco este en él —pensaba para sí Cepeda—. Porque su autoridad y la fuerza de su látigo guardan secretos y distancias.

A los tres días de navegación había cruzado unas palabras secas con Ana de Cepeda en las que el mismo le cuestionaba su animadversión al baño en agua salada al igual que otros oficiales y algunos de la chusma, cuando estos desprovistos de ropa alguna, y cuando la mar estaba en calma, aseaban sus cuerpos entre chanzas y juegos. El episodio se saldaba cuando Cepeda aludía a su carácter de persona de tierra adentro. Además, adujo al temor por el contagio, a las cualidades de su piel que estaban reñidas con el agua salada por producirles continuas descamaciones, que unidas a la dieta falta de vitaminas del patache, podría convertir su afección en una lepra de Lombardía insana y contagiosa.

— ¡Lleva razón el caballero! ¡Aunque no sabe lo que se pierde alférez! ¡Porque la sal del agua así como la orina de los hombres lo curan casi todo! —Afirmaba el cómitre mientras asentía Cepeda con la cabeza ante la inoportuna cuestión planteada por el mismo—.

Su fama, al igual que el significado literal de su nombre, le venía dada de largo por la rudeza. Era capaz de administrar un tajo con una espada o cualquier otro objeto cortante, o en su ausencia, propinar tal manotazo a humano o semoviente, que lo hacía rodar por los suelos antes de que los ojos del desdichado alcanzasen a ver la cara del asturcón. De aspecto enfurecido y tez morena, irradiaba una expresión terrible con su mirada. Una frondosa barba, otrora roja, le cubría disimulando la ingente cantidad de lobanillos que se escondían tras ella, y que le aportaban mayor espanto.

Tosco y alicuécano, muchos de los reos y determinados miembros del pasaje incluida la tropa, le habían jurado venganza a muerte. Algunos de los mismos y por circunstancias diversas, habían probado en más de una ocasión, la brutalidad de la mano del susodicho. Ese fenómeno se acompañaba con pavor del silbido que dejaba en el aire la misma en las décimas de segundo anteriores al impacto, que de manera fulminante, y como si de un rayo cargado de energía sobrenatural se tratara, acometía trágicamente sobre la cara o el cogote del más pintado.

Había llegado a Sevilla para enrolarse desde el norte de España ya que era asturiano. Mientras unos le llamaban a hurtadillas de todo menos bonito, otros y tal vez por temor a apreciar el sabor y las virtudes de tan descomunal mano, templaban sus apelativos concediéndole cierta dulzura a los mismos a modo de lisonja. Su fuerza era descomunal al igual que casi los dos metros de altura que poseía. Más de uno lo había ya asimilado a la templanza de dos caballos asturcones cuya coz se asemejaba en efectos a los del miembro del asturiano.

Tenía la mala costumbre de acusar a todo el mundo por lo que no hacían o habían dejado de realizar:

— ¡Tú no haces más que yo! —Replicaba con insistencia—.

— ¡No das golpe “hijo de ramera”!

— ¡Flojo perro de aguas sin mérito! —espetaba a diestro y siniestro—.

Pasaba el mayor tiempo de la jornada increpando a galeotes y tripulantes sobre la supuesta ineptitud de los mismos ante el trabajo y los obligamientos. La rutina era su orden, y la ocupación de sus vigilados el don máspreciado. No concebía a ningún ser de los que acompañaba sin oficio ni beneficio, y esa obsesión desmesurada atendía a que se creía el ser más trabajador del orbe conocido. Sobre todo, el único elemento racional que en el vasto imperio de Felipe II daba palo al agua. El capitán, costruño y mísero como él, lo protegía sobremanera como si de una prolongación de su débil mano derecha se tratara. Bebían, comían y dormían juntos, para de esta manera asegurarse su protección y la guarda de sus espaldas, las veinticuatro horas del día. En alguna ocasión tal actitud, y el hecho de compartir en el reducido camarote con el almirante del patache, lecho y víveres, hicieron saltar el comentario entre los encadenados de la supuesta existencia de una relación amorosa y sodomita entre ambos:

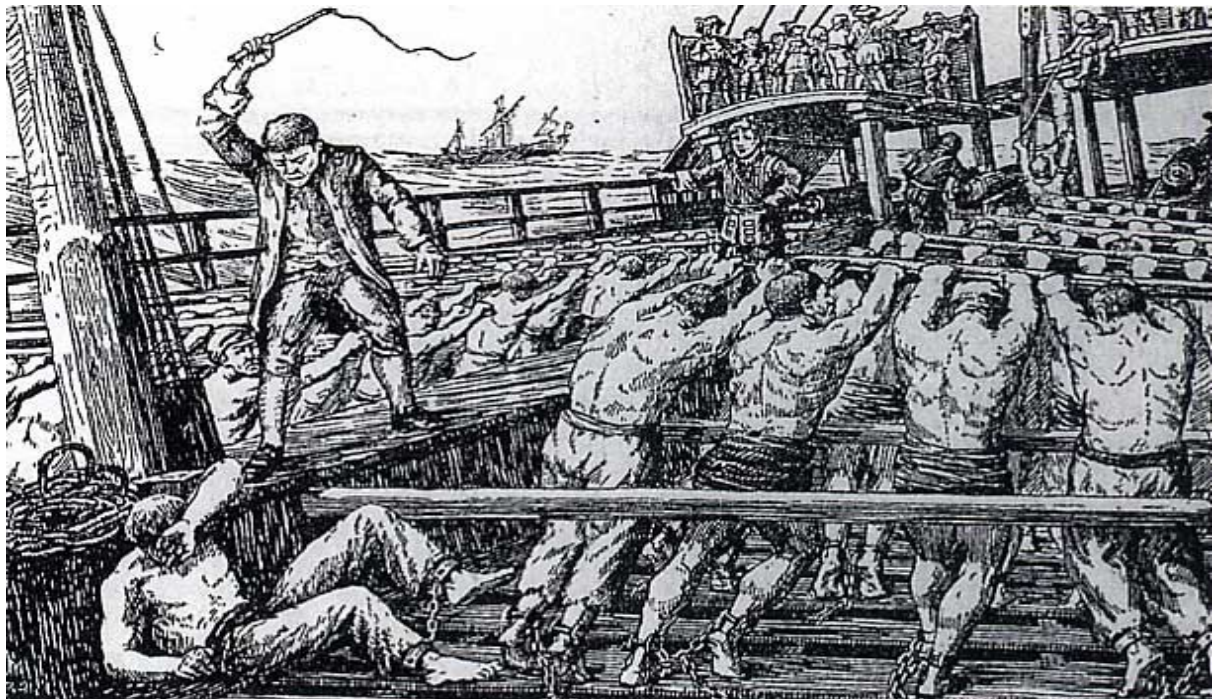
— ¡Mandoble! ¡Mandoblito baboso! —gritaba aterciopelando la voz uno de los remeros. ¿Cómo ha sido la velada pasada? ¿Consumaste o no consumaste?

Sin dudarle y al escuchar el regocijo y la risa del resto de la canalla que se extendía de proa a

popa, se aproximó con premura al que había osado mofarse de él en forma melindrosa. Le propinó tal puñetazo en la cara, que al momento brotó de su boca sangre en abundancia. Al abrirla con dificultad y dolores, y sin poder articular mueca ni palabra alguna por el impacto, cuatro piezas dentales se desprendían de la misma unidas por sendos hilillos de baba rojizos que le colgaban en la comisura de los labios.

Ana de Cepeda asistía desde estribor a la escena y quedaba absorta por la rudeza del asturiano. Vista la reacción del cómitre por todos, no quedó más remedio que acallar la burla. El mismo, empuñando con tesón su látigo en la mano diestra que hacía restallar cuan chispa de rayo en tormenta de verano, y una daga corta punzante de tamaño mediano en la otra comenzó a vociferar:

— ¡Que vaya opinando el siguiente...! ¡Que si tiene huevos, se los corto con esta daga por la gloria de mi madre que está en los cielos!



Toda la tripulación y sobre todo los galeotes, entendieron que no era momento de continuar con la chanza.



En instantes determinados como el que acababa de suceder, y cubierto por la ira, Mandoble actuaba siempre de esa guisa. También dedujeron que más hacía la unión entre ellos que el disparate individual y sin sentido que podía dejar sin dientes al primero que abriera la boca. Cierta día en el que apuntando el sol todavía la faena no se había iniciado pese a estar organizada de antemano, sucedió que el cómitre dispuso arbitrariamente el cambio de sitio de algunos de los condenados a galeras ante la atenta mirada de Cepeda. Entendió que la collera establecida para el remo en una determinada zona del barco, no rendía lo suficiente al tajo debido a la pérdida excesiva de tiempo de sus componentes en charlas o broncas. Uno de los interfectos al ser señalado por Mandoble e invitado al cambio de sitio, aducía que era imposible llevar la orden a efecto puesto que el sitio que poseía lo tenía en propiedad, y como tal, se negaba por voluntad propia a abandonarlo.

—Has de saber que este asiento es mío, y por nada en el mundo he de dejarlo por muy cómitre o Mandoble que tú seas —argumentaba enojado y con rotunda severidad el remero—.

— ¡Aquí no hay territorio de nadie condenado! —Respondía Mandoble—. En todo caso el lugar donde te sientas es de su majestad el rey de España...

— ¡O te cambias ahora mismo o atente a las consecuencias! —apuntó el cómitre.

La testarudez del desgarbado galeote empeñado en la posesión de su espacio a bordo no cedía, y enervando los ánimos a los demás encadenados, abundaba en razones contradictorias para mantenerse en su lugar de pena.

— ¡Sintiéndolo mucho —continuaba en una de sus argumentaciones—, me reafirmo en mi propiedad y definitivamente no la abandono por motu propio!

Ana de Cepeda no salía de su asombro ante la actitud suicida del condenado, y advirtiendo lo peor por lo que sucedía antes con el otro galeote que increpó a Mandoble, intentó apelar por su vida sin éxito. El cómitre que percibía que la situación podía desencadenar en motín, estallaba en cólera. Sin pensarlo dos veces actuó sin perder ni un minuto en diatribas intentando atajar la solución cuanto antes. En un leve respiro ordenaba actuar a los de la guardia con un tono más calmo y lejano al que utilizaba a diario:

— ¡Desenganchad de la cadena al caballero! ¡Tiene toda la razón del mundo! ¡Y por tanto, este servil cómitre ha cambiado su cerril opinión, puesto que vamos a acomodar en otro sitio más adecuado al ilustre remero! —O mejor dicho— ¡Le acomodaremos en el mejor lugar del barco para que no sienta como su propiedad pueda ser ultrajada! ¡Y de paso, se estimará la pertinencia de adoptar la nueva plaza con carácter vitalicio!

Con voz irónica y cargado de guasa que nunca había manifestado ante nadie por su carácter áspero y descortés, se dirigió de nuevo al remero susurrándole casi al oído:

— ¿Le apetece al señor un lugar mucho más tranquilo y cómodo para pasar unos días de descanso libre de remo? O por lo contrario prefiere mantenerse en sus posesiones —que nadie duda de que sean suyas— dado a la charla y el dispendio.

El galeote no había advertido un ápice de la intencionalidad del cómitre. Asintió rápidamente con la cabeza ante la propuesta de este, y con una simple orden del encargado y guiado por dos soldados que durante la conducción al nuevo sitio de trabajo contribuían con sus arañas a engatusar al mismo, levantaron al reo de la crujía a la que estaba acomodado.

Con ruda sutileza, el galeote sin protestar un ápice ni mostrar resistencia, fue conducido a la sentina del barco. Una vez allí lejos de la vista del resto de los humanos que viajaban en el mismo, era encadenado de pies y manos a uno de los maderos que la atravesaban. Entre tanto, el agua que acababa de ser achicada como de costumbre se hacía varias veces al cabo del día, todavía no ocupaba sino un par de palmos en la misma y apenas llegaba a los tobillos del desdichado que viendo la burla gritaba como poseso. Rápidamente advirtió el mismo como el agua comenzaba a inundar el vertedero de manera mucho más rápida, a lo que dadas las reducidas dimensiones del mismo y su escasa cota, anegaría en pocos minutos. Cuando la misma llegaba a la altura del sumidero más alto, coincidía con la situación de la cabeza en la que habían amarrado al iluso galeote, y este, estiraba como podía el cuello para respirar y no ahogarse pese a estar casi por completo cubierto de agua salada.



Entre tanto en cubierta, Ana volvía a no dar crédito a la terquedad del desgraciado, y Mandoble recuperaba la boga con un remero menos. En un acto de hacer valer su poderío, espetó a la canalla con voz firme y segura:

— ¡Si alguno más requiere cambio de sitio que lo vaya diciendo!

—El caballero de antes ha pasado a ocupar el lugar más relajante y fresco del patache, y si sobrevive al escarnio durante el tiempo en que dure su confinamiento –cosa que dudo—, recuperará honrosamente sus posesiones a las que temporalmente ha tenido que verse relegado a abandonar por diversos avatares.

— ¿Quiere alguien más acompañarlo para darle charla o por si se encuentra solitario o tedioso? –insistía el cómitre.

Las palabras del cómitre aturdían los oídos a todos incluso de Ana de Mendoza. Nadie abría la boca sabedora de que el castigo impuesto al desdichado remero, acabaría con él con total seguridad, o con un poco de suerte, sobreviviría aunque las consecuencias por haber tentado al destino podía llegar a ser funestas.

Tres días con sus tres noches permanecería el infortunado a ingesta de agua de mar encadenado en la sentina. Cuando Mandoble ordenaba abrir la misma, que no se había achicado en ninguna ocasión durante ese tiempo, la sorpresa era mayúscula cuando todavía con vida y con el rostro céreo y desenchajado, el galeote se limitaba a decir:

— ¡Me reafirmo señor cómitre en lo de esta mañana! ¡Y reivindico mi sitio que por algo su graciosa majestad Felipe II me lo ha otorgado a perpetuidad!

La noticia corrió en segundos por todo el patache llegando incluso a los dominios del capitán Ventura de Mendoza, que un acto piadoso impropio del mismo, mando subir a cubierta al remero para cubrirlo con ropa seca y administrarle una ración de caldo y ron caliente ante lo que había considerado un acto de auténtica perseverancia y lealtad a la corona.

Esa misma tarde, y al poco tiempo de su rescate, el preso que había sido condenado a sentina, moría y recibía presto sepultura a la usanza marinera al no reponerse de la estancia letal en la fosa. Era devuelto al mar después de recoger el viático en forma de licor y caldo, y con la alegría fatal de sentirse propietario con carácter perpetuo de un asiento en las galeras más afamadas y célebres del más vasto imperio conocido hasta la fecha. Nada más terminar la ceremonia, Cepeda aprovechaba la carga emotiva del cómitre y le preguntó directamente

— ¿El finado tenía alguna causa pendiente que lo relacionara con cierta trama de contrabando y por eso no quería abandonar su puesto?

— ¡Algo de eso había! —contestó—. Aunque bien mirado eso ya no le interesa a nadie, y es cosa de la historia de la chusma y del fondo del océano exclusivamente.

La ley del silencio en galeras marcó su distancia y la veedora Ana de Cepeda no sacaba nada clarificante de lo sucedido en este episodio en la galera San Cristóbal.



## **VII.- LOS BERRINCHES DEL CAPITÁN MENDOZA.**



Era posible que hubiese pasado una noche de perros. Tampoco nadie le había oído jamás expresar algún sentimiento de los habituales en una persona, ni cualquier otra demostración afectiva que le hiciera manifestar públicamente determinada debilidad. El contramaestre, mientras ordenaba el reparto del primer rancho de la jornada al amanecer, anunciaba al capitán en cubierta. Mientras, Ventura de Mendoza aparecía en la misma con un rostro desencajado y malicioso. Profería a diestro y siniestro gritos e improperios sin dejar ser vivo con cabeza, ni altísimo o santo, sin embadurnar de mierda:

— ¡Cágonme ahora mismo en los cuernos lacerados de vuestros padres putativos y en Lutero! —vociferaba el capitán mientras una mano sostenía su mejilla, y la otra en ademán desafiante, agarraba con empeño su entrepierna herniada y voluminosa sin perder ni un minuto la vara fina que le acompañaba.

— ¡Sean todos hijos de malas madres barraganas y mantenidas! —gritaba desconsoladamente—.

— ¡Atajo de vagos, maleantes y bujarrones carne de cadena capados a garrote de cordel torcido!

Tras unos segundos de silencio, más por lo sorprendente que por otros menesteres, y por el temor que infería a los ocupantes de barco continuaba:

— ¡Perros sarnosos todas vuestras mercedes! ¡Ya debierais estar a agua de mar una semana puesto que no merecéis sino ese elemento que es saldado por el rey de España y que tenemos en abundancia!

A Ana de Cepeda le sorprendía la actitud del capitán del Patache porque era la primera vez en el viaje que lo veía dirigirse a los de a bordo. Entre tanto, la tripulación, galeotes y pasajeros no salían de su perplejidad por la retahíla de desproporciones con las que el capitán se despachaba. Algunos de ellos engullían codiciosos las galletas de bizcocho que les correspondían en nómina y que la fortuna había dictado que en esa jornada para bien del pasaje o los caprichos del gobernador de la nave, estuvieran remojadas en caldo de hueso añejo frío para una mejor ingesta.

Pese a todo, la salva de metralla en forma de palabras vejatorias proseguía desde la boca del patrón. Los más díscolos hacían oídos sordos a lo que escuchaban con indiferencia y a distancia. Nada en el navío les importaba a todos ellos, salvo atender a sus necesidades fisiológicas más perentorias, y que pasaban ahora por saciar el hambre tras una noche de poco descanso por el ajetreo del océano. Cepeda que presenciaba sin inmutarse la escena, creía firmemente que el espectáculo de cubierta, cuyo actor principal y único en el reparto pasaba por el que regía los destinos del patache, obedecía a la ingesta de alguna sustancia alucinógena de manera accidental o voluntaria hacedora de perder el juicio al más pintado.

Llegó a pensar, que como había leído en algunos tratados de alquimia últimamente, el capitán hacía uso del mineral de azogue como remedio a algún mal, y por lo tanto, lo tomaba con asiduidad. A eso unía el alférez el hecho de que el almirante de la nao estuviese presuntamente implicado en la trama de comercio ilegal de mercurio por lo que le había confesado, y su disposición y trato con el mineral líquido, le fueran familiares.

Pese a todo, Ana de Cepeda dedujo que la enajenación del marino no obedecía esta vez a ninguna de las causas que había barajado. Todo era muchísimo más corriente para los mortales: un intenso dolor de muelas de una boca cariada en su totalidad por el vicio y los años. La mezclanza de vino malvasía con ron de caña para su alivio, junto a una falta continuada de descanso por haber pasado las últimas tres noches con sus respectivos días sin conciliar una pizca de sueño, justificaban de sobra el berrinche de Mendoza, aunque lo que la bellaquería enrolada le andaba preparando a modo de desquite, no iba a caer en saco roto. Todo fue premeditado. Solamente dos jornadas de remo y látigo después del berrinche del almirante, la morralla embarcada le respondía a su manera rebelándose de la forma más original que cualquier marino cabal había presenciado desde los inicios o el invento de la navegación. Tampoco la veedora de la galera podía imaginar el suceso tan original.

Tenían prohibido abrir sus bocas sino para engullir aviesamente y con presteza, cada una de la tres raciones diarias de escaso rancho que por turnos se les dispensaban. Pero lo que no tenían anulada, era la voluntad de ciertos esfínteres que sin atender a razones y a su juicio con ligereza arbitraria, dieron en descargar sin pudor y a cualquier hora del día, por cada uno de los tablones de madera que formaban la cubierta. Había un acuerdo tácito en el que remeros, galeotes y algún miembro más de la tripulación, habrían establecido hacer sus deposiciones a modo de venganza por lo sucedido durante el último berrinche del capitán en cualquier parte de la cubierta sin pasar por los jardines, donde habitualmente y casi siempre de noche, se realizaba tan íntima operación.

A barlovento la pestilencia después de la jornada y media de evacuaciones sin orden ni concierto era insoportable. Las excreciones aparecían por doquier como si de repente y en una plantación de hongos o setas, brotasen los frutos de la tierra al impulso de los rayos de sol de un día cálido de otoño. Con la misma premeditación con la que se sucedían los hechos, algún artífice de la trama hubo de manipular el beque o tabla horadada que hacía las



veces de retrete. Cortando disimuladamente dos de las cuatro cuerdas que la sostenían atadas a una cornamusa, cedió la misma a la primera sentada que uno de los oficiales del barco acometió para usarla. Todo el complot organizado tuvo el consentimiento oculto del capitán, puesto que otra borrachera de vino malvasía con su posterior resaca, impidió que este advirtiese las condiciones insalubres a las que estaba siendo sometida la cubierta del patache.

Ana de Cepeda tenía su cuerpo hecho a múltiples miserias, pero ninguna como la que ahora contemplaba, aunque la situación acaecida, no hizo sino remarcarle su carácter observador que no cesó de poner en práctica ni un solo instante mientras duraron los acontecimientos. Captó rápidamente la organización puesta en escena y que para embadurnar de heces el barco se había acometido. Lo que no pudo pese a su marcado carácter curioso, sería descubrir con tino de donde había partido con exactitud la idea, sin haber advertido además, ninguno de los instrumentos utilizados para difundir la componenda.

Todo había derivado en una verdadera porqueriza a la que nadie con excepción de determinados marinos de elevado rango, profirieron protestas. Tampoco nadie en las horas en las que todo abundaba entre la porquería y las boñigas, atinó a dar una orden para atajar la penuria.

La solución que hubo de llegar del cielo en forma de tormenta que volvería a restablecer hábitos y normas que sin ser excesivamente pulcras en lo cotidiano, jamás habían traspasado la raya de lo vivido los momentos de antes. Poco menos de media hora de generosa descarga de agua, baldeaba por su cuenta la cubierta arrastrando las heces acumuladas hasta los imbornales que las acanalaban al océano. Un grumete al que seguramente se la había encargado determinada labor de limpieza, pero que estando al corriente de la trama declino con astucia, aprovechó para ganar indulgencias asiendo con fuerzas un escobón de iniesta para batir a empellones la impureza ante la mirada impávida de los oficiales. Entre tanto y después de dormirla, el capitán del patache que ya conocía la situación acaecida por un soplo recibido, balbuceaba alardeando de su poder, y asiéndose fuertemente al trinquete de la nao vociferó diciendo:

— ¡Y han de saber vuestas mercedes y para que quede constancia de sus bajas entendederas!

— ¡Que mierda sin moscas no es mierda!

Dicho esto se retiró a su camarote para desaparecer durante otra jornada más. Mientras, los de a bordo, reían por lo bajo celebrando con sorna su primera victoria conjunta sin haber utilizado un solo gramo de pólvora, ni infringido mella alguna en arma blanca asignada para combate. Por sus cabezas pasaba la idea constante de haber ganado un pequeño episodio en la letanía rutinaria de la navegación, y eso, después de que el capitán Mendoza les hubiera dado una inmejorable oportunidad debido a un desconsolado dolor de muelas.



Un par de días después de la primera afrenta a Mendoza, la persistencia del calvario a que estaba sometido por sus piezas dentales, estuvo a punto de provocar otra rebelión. La miserable brutalidad que cuidaba en transmitir el cómitre del patache a los que permanentemente hostigaba, quedaba hueca cuando Mandoble veía una gota de sangre. Ana de Mendoza había intuido en algún momento del viaje la aprensividad a la enfermedad y los contagios del cómitre; pero no al pavor injustificado ante una leve mancha sanguinolenta. Nadie sabía de esta su gran debilidad, ni tampoco conocía el secreto, porque nadie reparó en las innumerables ocasiones en las que el rudo asturcón había agredido con saña a algún desafortunado provocándole cierta hemorragia. El truco estaba en que cuando

el tejido rojo brotaba, Mandoble giraba la cabeza disimuladamente para no ver y en plan desafiante, y poder manifestarse así todavía más feroz.

El capitán Mendoza, a los pocos días de su último berrinche público por el intenso dolor de muelas, no tuvo más alternativa que confiar ante la insistencia del mismo, en alguien de la tripulación para que le aliviase de alguna forma definitiva el todavía seco pero intenso martirio que se alojaba en su boca. El cirujano del patache adujo que se encontraba lesionado, y simuló con dos tablillas que vendadas precipitadamente rodeaban su brazo derecho, estar impedido por miedo a las consecuencias de una mala extracción. De esa manera, el capitán Ventura de Mendoza, discurrió que si armaba a su fiel Mandoble con un alicate o tenazas del carpintero de la nao, no le sobrarían a este último agallas para extraerle una de las muelas del juicio cariada y respondona que tan mala vida le estaba dando durante las últimas semanas. Sin embargo, lo que desconocía por completo Mendoza, y de lo que en su larga vida jamás fuera capaz de entender, sería descubrir cómo tras la apariencia del hombre duro que hacía de su mano derecha, se refugiaba una personalidad débil y asustadiza.

—¡Has de saber mi querido Mandoble, que si para medio día la mar está calma, te tengo preparado un trabajo fino! —Comentaba el capitán a su hombre de confianza.

—Vos diréis mi señor... ¿De qué se trata?—contestó Mandoble.

— ¡De nada de lo que tu fuerza y tu maña no sean capaces de solucionar! ¡Y de algo tan sencillo como arrancarme una muela del juicio que tanta aflicción me está proporcionando!

— ¿Ha dicho una muela mi capitán? — ¡Vos sabéis de sobra que ni soy barbero, ni sacamuelas, ni cirujano, y que mi oficio no es ese, ya que las únicas que he sacado han sido mediante la acción de mi puño y no con finura precisamente! —Replicó Mandoble—.

— ¿Ahora vas a poner reparos una orden de tu capitán? —increpó exaltado Mendoza mientras lo miraba fijamente y enervado—.

—Es que no se yo —respondía el asturiano— si la delicadeza de su boca respondería a la rudeza de mi mano señor... y dudo mucho que a las primeras de cambio no me traiga algo

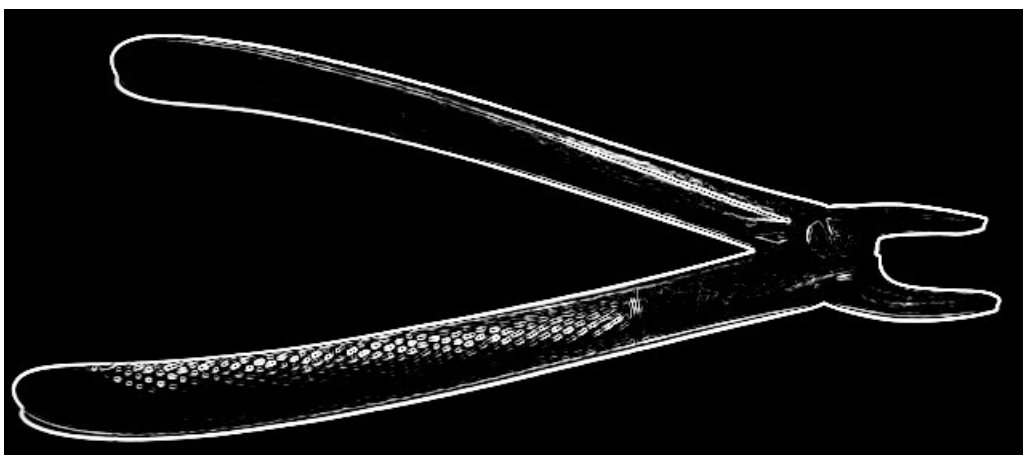
más que la muela o de paso le arranque medio hueso de su quijada...

¡Eso ya se verá cuando llegue el momento! –Concluyó el capitán dando por cerrada la conversación—.

Había llegado el medio día de una jornada soleada, en la que el astro rey ya en todo lo alto volvía a caldear con generosidad las espaldas de los remeros. La encomienda del cómitre les había regalado cierta relajación en sus faenas, y por tener este su cabeza en otro sitio, apenas si bogaban con insistencia. Entre tanto, Mandoble imaginaba como hurgando y tirando de la muela del capitán, un río de sangre saltaría como una inmensa cascada ante sus ojos inundándolo todo, y este sin poder evitar esa riada carmesí, caería desquiciado o fuera de sí por instantes y sin remedio.

El capitán había preparado en su camarote y sobre una manta de paño todo el instrumental: un alicate de punta larga destinado a extraer clavos de los maderos del barco, y una tenaza de cabeza redondeada para rematar la saca. Sobre el tablero en el que a modo de bandeja había dispuesto la herramienta el capitán, aparecía también en su parte derecha, una botella abierta de vino y la pistola del almirante del barco; un manojo de estopa acompañaba a la herrumbre en prevención de taponar el agujero e impedir la pérdida masiva de sangre.

Mandoble no pudo librarse de un enorme escalofrío al observar el orden inusual con el que el capitán del patache había dispuesto el aparataje.



— ¡No le des más vueltas Mandoble y ataja el alicate para sacar esta jodida muela! –gritaba

el capitán señalando con su dedo índice de su mano derecha la pieza a abatir—.

— ¡Y no te vayas a equivocar de sitio pedazo de animal!

—Toma primero un trago —insistía el capitán—, para que atemperes tu mano y tu espíritu, que te veo algo inquieto en esta tarea de cirujano...

Mandoble arremetió un trago largo a la botella de malvasía que le llegó hasta el alma, dejando casi vacía la misma. Cuando sucumbió la ingesta, agarró el alicate mientras el capitán sentado en el catre del camarote, abría descompasadamente la boca. Mendoza no paraba de mascullar sobre el cuidado a tener en la tarea, y el cómitre con más delicadeza que con la que habitualmente se prodigaba, metió un dedo en la boca de su paciente mientras con su mano diestra introducía la punta del alicate hasta agarrar en el fondo de la misma la última muela señalada. Mendoza, habiendo notado que la herramienta fría alcanzaba el objetivo, guiñó un ojo en señal de aprobación a Mandoble, a lo que a renglón seguido la mano del cómitre se tensionó sobre la empuñadura de la herramienta, que sujetando fuertemente la muela y de un tirón seco, la sacó de raíz con mayor facilidad de lo que inicialmente había pensado. Como su mirada en esta ocasión y por el bien del capitán no dejó un instante de desatender la boca y la muela del mismo, observó como un borbotón de sangre manaba al instante del agujero del que no pudo esquivar la mirada. Al momento, y mientras la cara del asturcón palidecía súbitamente, toda la mole que componía su cuerpo, cayó desplomada y de espaldas sobre la tarima de madera del camarote como si de un animal apuntillado se tratara. Esta vez Mandoble al no poder evitar la visión de la sangre humana, ni distraer la atención mientras ejercía de sacamuelas, yacía inerte por el suelo. Mendoza que había advertido la mala fortuna de su cómitre, y mientras escupía aliviado sangre mezclada de vino, se alegraba por la suerte de haberse desprendido del apéndice que tanto le ultrajaba. En el suelo, y en otro mundo, permanecía Mandoble hasta que arrastrado fuera del camarote por cuatro remeros que acudieron a la voz de auxilio del capitán, volvía a la vida en cubierta después de que un grumete descargara sobre su cara algunos baldes con agua de mar. El alférez Cepeda casualmente presenció el acontecimiento por encontrarse junto al camarote y acudir presto ante el primer alarido del capitán. A renglón seguido, algo más de un cuarto de hora tardaría el cómitre en recuperar el sentido; ni los baldes colmados de agua salada, ni las llamadas de atención que administró Mendoza por medio de

su bota sobre la espalda dormida y tendida de Mandoble, habían sido capaces de resucitar en el tiempo al asturcón. El capitán Mendoza no salía de su asombro después de observar a su gigante mano derecha por los suelos y dejado al destino de sus enemigos. Había descubierto por casualidad su talón de Aquiles que con tanto cuidado había procurado mantener en secreto durante la travesía el rudo cómitre. Antes de volver en sí, algún oficial de la marinería, y algún que otro marinero, dieron en pasarse por el estrecho camarote ante las habladurías de la canalla que se extendían vertiginosamente por el patache, y a las que el joven grumete que hacía las veces de resucitador y para infundir cizaña, exageraba por todos los rincones del barco por su animadversión a Mandoble. Mendoza junto al veedor del patache y desde la puerta del camarote, advertía el nerviosismo de la tripulación y de lo que se le podía venir en contra. Tomándose un trago largo de vino para enjuagarse la boca de sangre, que tras escupirlo con certeza sobre un imbornal, se apresuró a gritar en voz alta relativas novedades sobre el estado de salud de su fiel espolique:

— ¡Señores...mantengan la calma o de lo contrario yo mismo seré el que se encargue del látigo!

— ¡Nuestro eficaz cómitre ha sido víctima de un mal corte de digestión, y ha perdido el sentido! —Vociferaba Mendoza a babor y estribor—.

¡Está recuperando la razón porque yo mismo le he administrado un purgante a base de Berza marina y Arraclán, y en unos instantes quedará como nuevo!

— ¡Este capitán les ordena que vuelvan todos a sus respectivas obligaciones y oficios, que en poco rato tendrán al encargado indispuerto en situación de transmitirles las ordenanzas!

En el camarote, Mandoble volvía pausadamente en sí mientras Mendoza arengaba al gentío. Al momento, el capitán regresaba junto a su cómitre y viendo como recuperaba poco a poco el resuello le decía:

— ¡Has tenido un desfallecimiento Mandoble, y sin duda por algo que yo mismo he podido descubrir...!

— ¿Ha sido una indisposición o algo que me ha sentado mal mi capitán? —preguntaba

Mandoble.

— ¡Déjate de patrañas...que estos ojos que se han de comer algún día las gaviotas, han visto como caías puyero cuando de mi boca manaba la sangre! —Replicó Mendoza—.

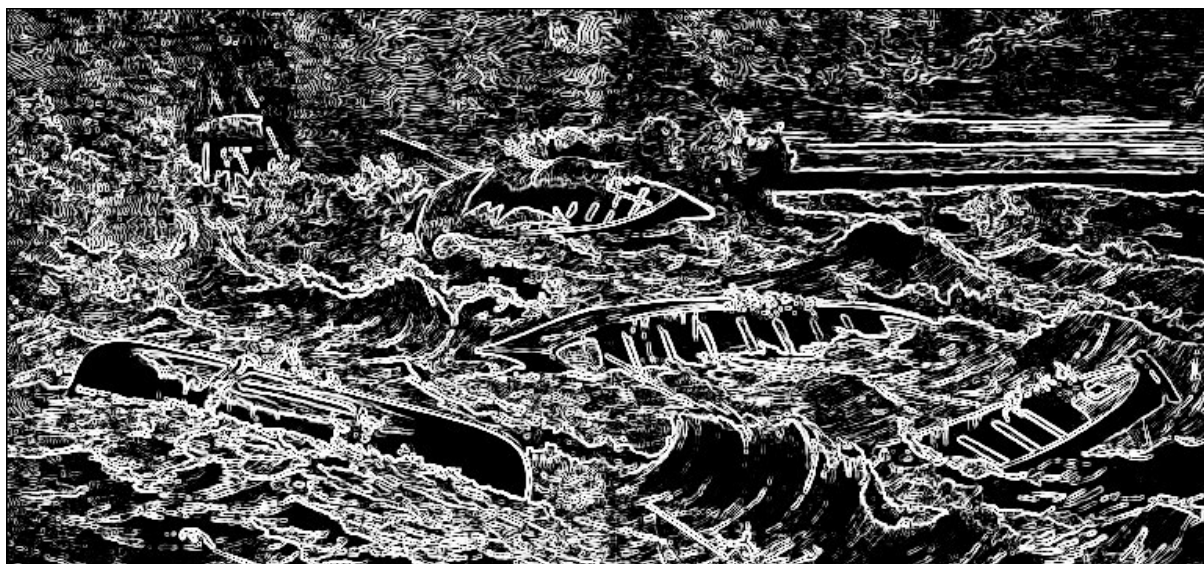
— ¡Ten valor y reconoce esa tu debilidad, que por mi parte mis labios guardarán y sellarán el secreto!

Mandoble se sentía descubierto, y por momentos su todavía poca lucidez por el desmayo, le trasladaba a un sinfín de situaciones donde los supuestos enemigos cosechados en el patache, utilizaran tal descubrimiento en venganza. Eso le alertaba sobremanera, y los riesgos a los que se podía verse abocado, le producían tanto miedo como la misma visión de la sangre. Mendoza, advirtiéndole que el cómitre se encontraba desarmado en su totalidad, trató de infundirle algo de sosiego:

—No te preocupes Mandoble que mi seguridad también correría peligro de saberse en el barco ciertas cosas. Toma otro trago de vino y vuelve a la faena que las cosas en cubierta andan revueltas.

Mandoble ya recuperado, prefirió tomar un trago de agua fresca y lavarse cara y manos, y al momento se presentó como si nada ante los remeros. Haciendo restallar su látigo en el aire y maldiciendo una y mil veces a los que osaban poner reparos ante los remos ordenándoles remar por cuarteles. Al día siguiente Ana de Cepeda aprovechaba lo acontecido y el descubrimiento. Abordó directamente al cómitre y le preguntó sin ambages cierta información, a la que el mismo sabedor del descubrimiento de su gran secreto, apuntó detalles y nombres de implicados que fueron anotados por el veedor para su posterior toma de decisiones y denuncia. Mandoble tuvo más miedo a que todo el patache supiese su gran secreto, que a caer en manos de la justicia. No calibró las consecuencias y meses más tarde sería ajusticiado junto a otros implicados en la trama del azogue.

### VIII.- GALERNA.



El suceso de las heces y el secreto de Mandoble, marcaron los acontecimientos que se sucederían en el viaje, provocando un antes y un después en torno a los mismos. De un lado el capitán había comprendido cabalmente el mensaje subliminal que la morralla de a bordo le habían manifestado con su actitud sobre cubierta, e igualmente, los sucedidos le despertaban poco a poco del letargo que sobre materia de decisiones se tenía por establecido. Mendoza agudizó su atención y no tuvo más remedio que poner ojo avizor sobre las intenciones de cada uno de los que componían la caterva del patache, dudando incluso, de la profesionalidad del veedor de galeras que el gobierno le había otorgado y del que recelaba igualmente por su extraña personalidad. Entre tanto, la chusma no paraba de dar vueltas a sus respectivas seseras sobre una próxima asonada a su manera para alterar el viaje, y sacar nuevamente de sus casillas a Mendoza, cuando aún resonaban en los oídos del alférez Cepeda los versos declamados esa misma tarde en cubierta como otras muchas por otro galeote, Alonso de Pedrajas. Del mismo había sospechado desde los primeros días de navegación sin haber tenido todavía entrevista con él, cuando entre las escasas luces que



sucumbían a la llegada aplastante y poderosa de la noche, un relámpago por estribor iluminaba con la intensidad de un centenar de estrellas toda la cubierta del San Cristóbal. Tras él, y a los cuatro o cinco segundos, casi al unísono y a sotavento, un fortísimo trueno emparejado con una llovizna ligera que se daba a conocer tenuemente, les alcanzaba a todos de lleno. El almirante de la embarcación daba rápidamente la orden de retirada a todo el personal franco de servicio que se encontraba en cubierta, y a que se apresurasen prestos, a conseguir refugio en la bodega de la misma mientras paralelamente anunciaba a voz en grito:

— ¡Galerna! ¡Galerna! ¡Todo el mundo a cubierto y la tripulación a sus puestos!

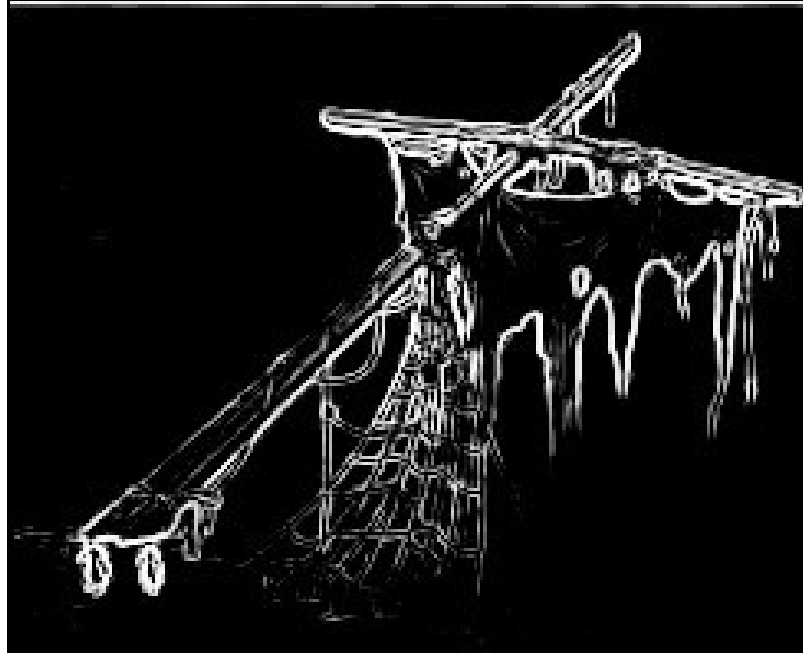
— ¿Es grave la situación? —Preguntó con cierto temor Ana de Cepeda a uno de los componentes de la tripulación antes de buscar refugio—.

— ¡Otra peores se han visto mi alférez! —contestó de forma enérgica—. ¡Dudo mucho que la de hoy sea peor que otras muchas de las que las furias de la mar y de los cielos se han empeñado en mandarnos! ¡Las tormentas señor mío, son como las mujeres...mientras más las pruebas más las entiendes y más te atraen! —Afirmó el marino—.

La contestación del mismo aliviaba en parte a Cepeda que se veía inmerso por primera vez, en la vivencia de una situación extrema en alta mar. Aunque en lo referente a otro tipo de situaciones extremas, el militar no era un novato al uso, el veedor camuflado había sentido en sus carnes con anterioridad algunas situaciones límite. Ninguna de ellas era como la actual, porque ahora, no era mandada por las manos del hombre sino por las de la propia naturaleza. Poco a poco la intensidad de la lluvia y de los truenos situados la altura del mismísimo palo mayor de la nao, envolvían el barco en su conjunto en una especie de capa negra y mágica. El sotacomitre en un acto de arrojo para ganar indulgencias mandaba a un marino la arriesgada misión de sacar a cubierta barriles vacíos. Con la ayuda de un trozo de vela a modo de embudo, comenzó rellenar para abasto de agua los mismos cuando la fuerza del mar aportaba de inmediato a la nave la fragilidad de un simple papiro arrugado en medio de un descomunal torrente. Las sacudidas de las olas sobre el casco de madera se hacían insostenibles, quedando de seguido en el envite de cada una, barco y humanidad a merced del océano. En tanto, el alférez Cepeda, mantenía el temor por la evolución de los

acontecimientos y quedaba sorprendido al igual que el resto de pasajeros y ciertos miembros de la tripulación neófitos en este tipo de trances. Se agarraba como podía a un cabo que anudado por los laterales de la bodega, servía a la vez como sustento de la carga y sujeción para el pasaje en momentos de dificultad. Muchos artilugios y aparejos de la bodega quedaban a su suerte y golpeaban violentamente entre las personas y los bultos. En el exterior, el sonido que rodeaba al barco, crecía en decibelios. La ira incesante de la descarga de los truenos, el bramido de la mar y los gritos de muchos de los ocupantes desesperados que veían el fin del mundo más por inexperiencia que por su proximidad real, configuraban una amalgama de matices sonoros atronadora y a su vez dantesca.

Un palo mayor de los dos que componían la arboladura del barco, sería alcanzado por un rayo justo cuando la tormenta alcanzaba su apogeo. El mismo era segado por la mitad después de un chasquido áspero al que solo la percepción de ver caer el tamaño del pesado mástil de madera sobre el agua y no sobre el barco, aliviaba momentáneamente a los que presenciaron el efecto dañino del meteoro. En cubierta se encontraban ya el capitán con algunos oficiales y empleados de cualificación para gobernar las dificultades y salvar la nave. Entre ellos el que hacía las veces de carpintero de guardia, miró haciendo señales al capitán para esperar la orden de arreglo. Todos eran conscientes de que el momento no era el idóneo para aventurarse en obras ni reparaciones de cualquier índole. Las personas que se encontraban a merced de los elementos mantenían el tipo y el equilibrio con dificultad, y agarrándose a los cabos dispuestos para el efecto, pudieron advertir como la metralla de astillas de madera que minutos antes se había disparado en todas direcciones como consecuencia del impacto del rayo en el mástil central, provocó que una de ellas con el tamaño de un par de palmos, impactase certeramente y con tino maléfico sobre la cara del curtido timonel.



A Saturnino Maldonado que era natural de Huelva y llevaba toda su vida de piloto, le entró la astilla por un ojo, y saliéndole en parte por la base de la nuca del mismo, le provocó la muerte instantánea. Le dejó en la cara y torso, un reguero de sangre y sesos antes de desplomarse sobre el primer suelo del navío, dejando el timón rolando sin gobierno, y a la nave al capricho de la tormenta. Ni las linternas escasas que se mantenían encendidas, ni los resplandores arbitrarios y fugaces de luz blanca de los relámpagos que a modo de centellas cruzaban el cielo, pudieron evitar con su claridad el desdichado final del nauta. Su ausencia era advertida minutos más tarde por un oficial que comprobaba, pese al desgobierno del San Cristóbal, como la embarcación giraba sobre sí misma a modo de peonza hasta que alguien con más valor que presteza, la sujetaba y dirigía para recuperar su rumbo.

Como después de cada tempestad acaece la calma, y cuando las primeras claras del día dejaban al descubierto los estropicios, un recuento acelerado de daños y gente, se celebró con celeridad previo al enterramiento del infortunado navegante a la usanza marinera después de una escueta misa seca. El cadáver del timonel era arrojado por la tabla tras unas palabras del capitán en las que recordó con cierta letanía aprendida y monocorde, la pequeñez del ser humano ante los designios de la naturaleza y nuestro Señor. Evocó de paso,

cierto pasaje de la vida del infortunado que ahora se convertía en pasto para otros seres contentados seguramente por recibirlo.

Sin apenas perder un minuto, se pasó al turno de las reparaciones. Se incidió en el desmontaje del mástil averiado que sería arrojado igual que el piloto al mar, para que de esa manera y nada más tocar puerto, fuese sustituido por otro palo sin necesidad de pérdida alguna de tiempo. Como si nada hubiera sucedido se retornaba a la rutina ordinaria como cualquier día de navegación en el océano. Daba la sensación para el camuflado alférez, que todo lo vivido en la noche anterior y esa misma mañana, no eran más que anécdotas sin importancia en las que la vida humana siempre se encontraría en un segundo plano.

El alférez Cepeda gozaba por su carácter, y desde el inicio de la partida, de la amistad con el almirante del patache Ventura de Mendoza. Así lo tenían acordado y cada uno de los dos con el júbilo de haber realizado el viaje sin problemas, volverían a comentarlo nada más llegar a puerto. Además, celebraron con júbilo el hecho de la falta de incidentes externos a la galera, sobre todo por la ausencia de la piratería en el viaje.

En una de las jornadas del viaje, casi a la puesta de sol y con la mar el calma y sin una brizna de aire que empujar al patache, Ana de Cepeda buscaba con insistencia sabedora ya por boca del cómitre de la implicación de Ventura en la trama, con manifiestas expresiones de comunicarle una noticia a sabiendas que la respuesta podía caer como una bomba o ser evitada. En su camarote, y casi desde la misma puerta angosta que le hacía de entrada, le espetó:

— ¡Tengo que comunicarle algo de vital importancia mi capitán!

—Vos diréis mi Cepeda —contestó extremadamente sereno el capitán como presagiando el descubrimiento—.

—Tengo la certeza y daría una mano por ratificarlo, que en la bodega del barco en el que navegamos, llevamos cierta carga que no corresponde con la apariencia ni la naturaleza de su envoltura.

— ¡Me deja un tanto perplejo amigo Cepeda! La estrechez de nuestra bodega no creo que albergue otro tipo de mercancías sino las provistas para nuestro abasto —contestó Ventura—, o si no dígame presto a que se refiere.

—Intuyo capitán, que en los barriles pequeños destinados a bebida, se alojan baldeses de mercurio líquido y no de vino precisamente como se les presupone. Y eso —proseguía Cepeda—, no solamente está perseguido por las autoridades, sino que puede ser peligroso para la tripulación en caso de una ingesta equivocada o contacto directo con el mismo.

—Permítame contrariarle mi querido alférez —dijo Ventura—. En la carga y como mandan los cánones de la marinería que personalmente he controlado, solo embarcaron elementos para consumo y no de ningún otro tipo como los que usted pregona.

—Siento de nuevo rectificarle o al menos disentir de vuestra afirmación —insistió Cepeda—, pero a mi entender y por cierta corazonada, algo me dice que en la carga que llevamos se aloja determinada materia distinta a la que presuponemos. Creo que nuestra obligación por el bien de todos sería dar cuenta a las autoridades una vez desembarquemos por si se trata de género robado o depositado por error.

—Consíentame que atajemos de una vez el infortunio —se apresuró a argumentar el capitán mientras continuaba sus explicaciones—. ¡Seré yo quien como máxima autoridad en la nave, tome las medidas oportunas! No se precipite usted en comunicar nada del supuesto encuentro, puesto que todo está bajo mi control y responsabilidad. Posiblemente todo obedezca, —si es que lleva razón—, a una simple confusión en la carga de los barriles, y todo lo demás serían conjeturas.

Ventura se sentía descubierto. Una mueca que repetía el tic sin cesar y que se alojaba en su mejilla, le hacía aun más culpable del delito de robo a la corona. La conversación terminaba salvada por el toque a rancho, aunque el capitán Ventura pese a todo, advirtió la capacidad de investigación de Cepeda e intuyó rápidamente el riesgo de perder la cabeza que la situación le suponía.

Sin dudar, el oficial optó por refugiarse en la soledad de su camarote junto a dos botellas de vino malvasía sin dejar de recelar sobre Cepeda por el descubrimiento mientras trataba

de encontrar una solución a cualquier precio. A la mañana siguiente, alguien del propio barco le atizaba el rescoldo al almirante, aportándole más argumentos en su sospecha. El cocinero del San Cristóbal, Olegario Segorbe, sería el encargado de terminar con las especulaciones del marino. El ranchero —buen aficionado al chisme, y al que todo el barco conocía de sobra por su descarada manía de hacer de correveidile con la superioridad—, se esmeraba mientras no estaba al amparo de los fogones de recolectar chinchorreos y marañas, procurándose no dejar pasar conversación alguna o gallofa de las que obtener una buena historia. Se había fijado en la sutileza de Cepeda, cerciorándose que tras el hallazgo en la bodega por este, el veedor no cesaba en formular demasiadas preguntas a determinados miembros del patache. Sin pensarlo dos veces, y sin ninguna cortedad, llamaba a las puertas del compartimiento del capitán:

— ¡Con la venia mi capitán! ¡Soy el cocinero y vengo a dejarle algunas nuevas!

— ¡Qué quieres ahora Olegario! —Refunfuñaba Ventura de Mendoza—.

— ¡No me fastidies la siesta con otra de tus camándulas! ¡Aunque si por el contrario, vienes a quejarte como de costumbre por la falta de despensa, te comunico que ahora no es el momento más oportuno!

— ¡Esta vez es algo interesante mi señor! —Espetó el cocinero—. Me parece que uno de los que viaja con nosotros, encontró algo de valor en la bodega. El susodicho no para de preguntar por doquier y con interés sobre lo encontrado y eso me parece poco corriente.

— ¡Nada nada! —Contestó el capitán—. No seas más chinchorrero que a mí lo que me parece es que ese caballero llega a ser tan liante como tú, y por lo que lo que me cuentas, no alcanza el tema para otorgarle la mínima importancia.

— ¡Sí la tiene! —Apresuró el cocinero a decir—. Sepa vuesa merced que en el último rancho repartido hablaba sin parar sobre no sé qué leyes de la corona en materia de no sé qué minerales o algo así, y también, de los perjuicios o calamidades con los que se pueden enfrentar quienes las conculquen...

— ¡Déjame tranquilo que no son más que patrañas! —Respondió Ventura queriendo finalizar

la conversación y enfrascarse en una reparadora siesta—. Eso sí, tu fidelidad como siempre tiene recompensa: ¡Abre con sigilo ese odre y escánciate un buen vaso de vino que como siempre te lo mereces! ¡Y lárgate canalla antes de que te cale a florete si no me dejas tranquilo! —Ordenó Ventura para terminar sin levantar sospechas el asunto—.

En ocasiones anteriores Olegario Segorbe había levantado a la luz cuestiones turbias como consecuencia de sus cotilleos en los sucesivos viajes en los que acompañó a Ventura. Por ello, y por qué en más de una ocasión pudieron poner en peligro la propia vida del capitán, Ventura de Mendoza lo tenía como otro más de los hombres de confianza. En uno de los viajes, Segorbe descubriría con su arte y de manera fortuita, cierta sisa en el que uno de los marineros con trazas de líder en el patache, y que tenía el oficio de carpintero había ingeniado. Consistía en el escamoteo y rapiña de vino de las tinajas y odres que se guardaban en la bodega. La operación, previa ingesta del mismo por los compinches encabezados por el carpintero y que no duraba más de tres o cuatro jornadas, finalizaba siempre con el rellenado de los barriles sangrados a base de agua de mar. Consistía en la aplicación de un ingenio de madera y cañas acanaladas que bien situado entre los barriles y la pared de la bodega, pasaba desapercibido y vaciaba en pocas jornadas el contenido del recipiente elegido. Al igual que los felones, Olegario era buen aficionado al ron y al vino, y tras descubrir el robo y ponerlo en boca del almirante, el mismo no tardó un segundo en emplearse con saña sobre los infractores para enmendar la afrenta. Para ello dispuso del mismo barril de agua salada colgado de un mástil y debajo atados los salteadores, los cuales a embudo y a golpes de látigo administrados por Mandoble, apuraron de una sentada el agua marina ante el escarnio del gentío. Mientras, desde un palo al que se había encaramado el capitán Ventura, profería a grito pelado y a modo de cántico:

—“Bienaventurados los ladrones porque quedarán saciados”. “Bienaventurados los que incumplen con las normas porque verán crecer su recompensa a modo de azote”. “Bienaventurados los débiles de gznate porque ellos aplacarán su sed a látigo con alacrán y remo”.

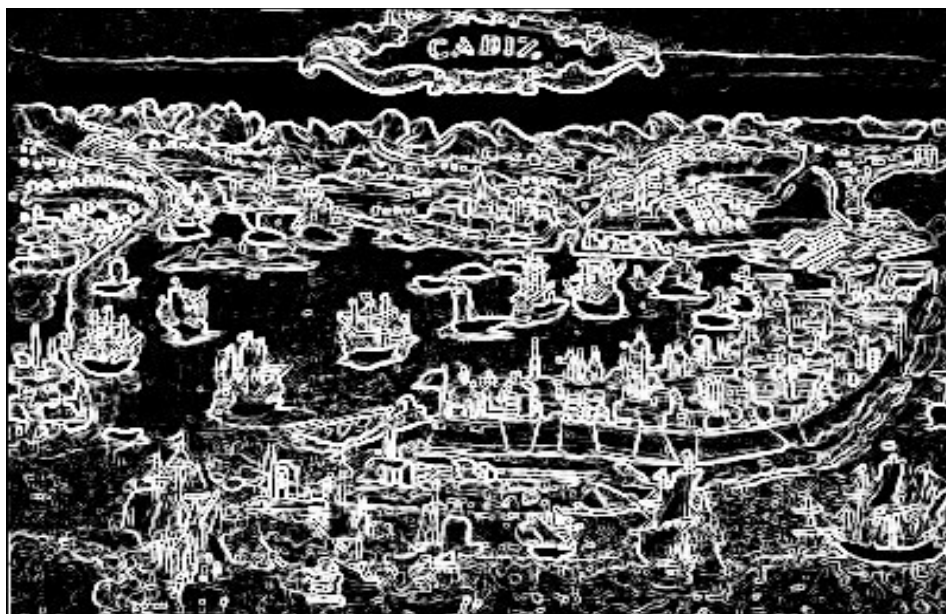
El capitán repetía una y mil veces la letanía hasta que en un alarde de ira ordenaba sin compasión:

— ¡Mandoble! — ¡Administre otra ración de fusta a los traidores! ¡Que sea media docena de latigazos por barba para terminar el juicio! ¡O le pone más ímpetu hasta que se desangren vivos, o es usted el que prueba el vergajo sin piedad!

El episodio terminaba con la muerte de los que habían osado robar el vino, siendo este el último de los sucesos de renombre antes de alcanzar las islas. Mientras, las corrientes y los soplos del sur empujaban impetuosos al patache dándole alas gigantes que lo harían tomar tierra en Canarias a la semana justa de adentrarse en el océano por la bahía de Cádiz.



## IX.- DESENLACE.



Ana de Cepeda estaba de vuelta en Cádiz antes de lo previsto. Nuevamente las corrientes marinas y los vientos, se volvían a poner del lado del galeón que la trajo de regreso. Entre sus pertenencias se encontraba una generosa dosis de legajos repletos de información por escrito para ser redactados a modo de conclusión final a la llegada de su hermano. Con ellos tenía a intención de presentarse en Madrid, y denunciar ante el propio Felipe II los acontecimientos investigados. Siempre los portaba encima sin perderlos de vista un instante, porque en ellos se sustanciaba el valor de una misión oficial terminada satisfactoriamente, y un logro personal a priori imposible de ejecutarse. Cuando se despidieron en Madrid acordaron el encuentro en algún punto de la bahía como mercaderes para no levantar sospechas. Ahora tres meses después de verse por última vez los dos hermanos solamente quedaba contactar entre ellos, y emprender juntos el camino de regreso a Madrid lo antes posible.

La recuperación de Cepeda había transcurrido de forma irregular. Una herida en una de sus piernas fracturadas como consecuencia de la caída del caballo estuvo a punto de gangrenarse y retrasó considerablemente la cura y el encuentro con Ana. La fatalidad y unas fiebres lacerantes, estuvieron a punto de llevárselo al otro mundo de no ser por la acertada intervención de cirujanos y boticarios de la farmacia del Escorial alimentada por Felipe II. Los emplastos, ceratos y electuarios que prepararon los mismos serían mano de santo cuando su familia los adquirió y administró ocultando la verdadera identidad del accidentado. Incluso se hicieron con un ejemplar de la reciente publicación de farmacia “Modus faciendi cum ordie medicandi”, editada en Sevilla por un boticario de prestigio, y que no dudaron en seguir coma por coma hasta la mejoría del enfermo debido a la fama que había adquirido como primer libro de farmacopea.

Ana de Mendoza aprovechó los primeros días de estancia en Cádiz a la espera de Fernando para tomar el pulso a la ciudad. Alojada en una posada confortable, dedicó un par de días al descanso y aseo sin salir de la fonda en la que abandonaba por completo el uniforme que la distraía y volvía a ser mujer por unas horas. Se trasladó incluso a la base de la escuadra de galeras en el Puerto de Santa María por si todavía podía arañar alguna información que añadir a su informe. Para su estancia se hizo con los servicios de un mozo marinero natural de la zona que le habían recomendado, y que se erigió en introductor de la misma por toda la bahía. Se alojó en una fonda del puerto desde donde comenzaron los primeros días visitando a diario el muelle de Cádiz y sus antros para interesarse por la llegada de alférez Cepeda. Después de algunos días de indagar entre barcos, tenderetes y personajes habituales del amarradero, recalaron al anochecer en un garito apestado de gente de mal vivir y algún que otro pirata que pasaba desapercibido entre tanto forajido. Se hicieron ambos pasar por mercaderes en busca de un antiguo cliente al que perseguían celosamente debido al modo económico con que los había tratado antes de su llegada a la ciudad. Tomaron manzanilla de la tierra y Ana de Cepeda gastó algunas monedas que había provisto ante las posibles contingencias que le aparecieran en la búsqueda, en invitar a los lugareños de la bodega.

Uno de los invitados por Cepeda viendo la insistencia por la que preguntaban por el supuesto personaje al que buscaban, se acercó sigiloso al mismo con la intención de ofertar cierta información reciente.

—Yo mismo podría daros determinada información que si bien corresponde con la persona

que buscáis, bien podría valer unas monedas...

Al escucharlo, Cepeda intuyó rápidamente que se abría la puerta a la esperanza del reencuentro con su hermano antes de lo previsto.

— ¡Todo trabajo tiene su salario y toda información por escasa que sea tendrá que ser pagada satisfactoriamente! —Repuso el supuesto alférez—.

—El parroquiano al que ya se le notaban los efectos del vino y el calor del mediodía, abrió los ojos de par en par al escuchar las palabras de Ana, y sabedor de que con un poco de suerte su información le aportaría emolumentos para el malgaste y sus jumeras, no dudó en preguntar nuevamente.

—Decidme ilustre caballero, aunque por vuestra presencia tenéis más de indiano que de mercader... ¿Cómo era vuestro antiguo cliente?

Ana de Cepeda quedó sorprendida y optó por una contestación genérica:

— ¡Buena persona y mejor amigo señor mío! Creo que esas definiciones lo dicen todo de la persona que andamos buscando...

La incertidumbre iba en aumento cuando el cliente de la taberna volvía a las andadas y preguntaba de nuevo a Ana:

—Y entonces... ¿Porque os ha puesto en la tesitura de volver a él si os trataba correctamente?

Ana volvía a salir al paso argumentando que unos vendedores de esclavos le presionaron para asociarse con él en un momento en lo que el negocio que ella mantenía, y por culpa de una mala operación mercantil, había ido a pique.

— ¡Pienso señores que estamos en la línea acertada! —Contestó el chivato. — Dese hace un par de días, cierta persona con esos aires ha merodeado por el puerto y sus alrededores hasta que un día recaló en este antro al igual que vuestras mercedes, preguntando por cierto tratante llegado recientemente y que debía de ver con celeridad por cuestiones personales. Del mismo no quiso dar nombre alguno y solamente abriría su boca para decir que llevaba poco tiempo en la ciudad, y que tenía por oficio corredor de comercio.

— ¿Ha vuelto a verlo más recientemente? —preguntó Ana de Cepeda.

—En absoluto, pero dejó indicios de que marchaba un poco más alejado del puerto, hacia Puerta Tierra y hospedarse por allí, donde quería contactar con determinados cliente.

Ana quedó por un momento dudando de la cara del chivato y una impresión fugaz le decía que lo había visto en alguna parte recientemente. Aun así, consideró valiosísima y suficiente

la información recibida porque en la descripción del personaje que supuestamente le buscaba, no había otras intenciones que las de contactar con él, y que seguramente, recalaba en otra parte de la ciudad para ampliar la búsqueda de su hermana o contactar con otras personas que le aportaran más pistas sobre ella.

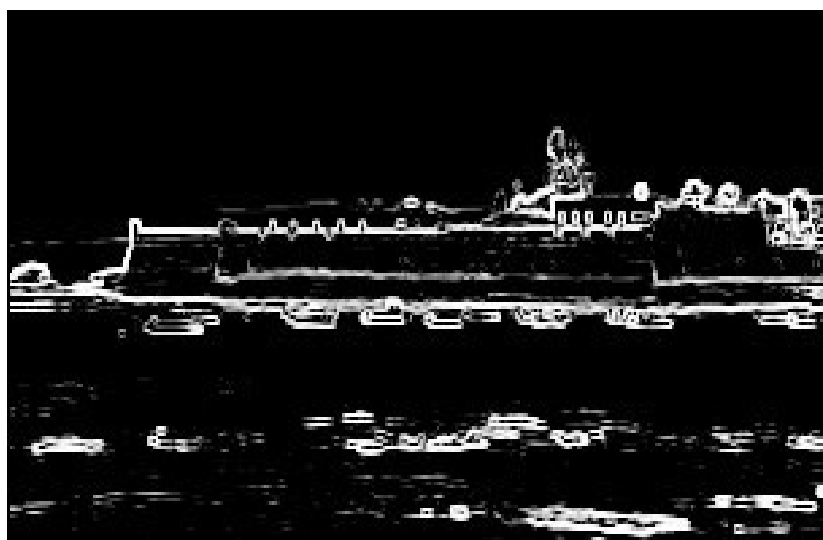
Abonaron la cuenta y dejaron sobre una mesa de pino ennegrecida por el uso y el humo, unos maravedíes con los que contentar al que ostentaba el oficio de acusón y que acababan de interrogar.

En la puerta del garito, donde habían dejado atadas las dos mulas que también habían tomado en alquiler, la veedora tuvo otra corazonada y rápidamente se apresuró a decir al marino gaditano a su servicio que algo le inquietaba sobremanera, y que determinada sonrisa forzada en el personaje de la taberna le decía que el asunto no tenía vestigios de estar claro.

— ¿Cuánto tiempo de camino nos llevaría visitar el lugar al que se refería el chivato? — preguntó el alférez.

— No mucho. Antes de medio día estaríamos de vuelta si salimos mañana con tiempo. — Contestó el marino con la seguridad que le daba el oficio—.

—No se hable más. Abandonaremos el puerto cuanto antes y nos pondremos rumbo hasta allí porque algo me dice en el corazón, que podemos llevarnos una sorpresa tan grande que tardaríamos meses en recuperar nuestro estado de ánimo.



Al día siguiente anduvieron con las mulas poco más de una hora porque el calor pegajoso de salitre les impedía una marcha más ligera. Ya en el sitio indicado y una vez dentro del local del que le habían dado referencias, fueron recibidos por un perro de aguas otrora blanco y con bastante más pulgas que lanas que olisqueaba a ras de suelo cualquier cosa merecedora de ser llevada a su boca. Un parroquiano fiel a la asistencia diaria a dicha casa y de baja estatura, observaba con inquietud las evoluciones del chucho. A este, la madre naturaleza le había despojado ya de cualquier pelo que le cubriese su cabeza, y sin perder ojo al animal, recordaba como de niño había tenido casualmente un desafortunado encuentro con un cánido de la misma raza. Esa reunión, terminó más por los nervios del humano que por la fiereza del animal, en un bocado en la pantorrilla que le dejaría de por vida marca y aversión por esas fieras, por lo que en un arrojado de coraje y sin pensarlo, propinó tal patada al chucho que lejos de espantarlo, lo único que hizo fue desprenderle del pellejo media docena de reznos lustrosos que quedaban esparcidos por el pulcro y recién aseado piso de suelo del establecimiento. Al momento, el enjuto y diligente tabernero que dijo ser dueño del tugurio y que presenciaba desde el otro lado del mostrador la agresión, dispuso de una escoba grande de palma y un badil de hojalata para hacer desaparecer a los protagonistas del encuentro, azuzando con el escobón al más grande de cuatro patas, y recoger antes de ser pisados y que le ennegreciesen la tarima a los bichos diminutos.

— ¿Qué van a tomar los señores? —Preguntó el bodeguero a los que habían presenciado la escena del perro—.

—Unos vinos y algo que llevar al estómago —respondió Ana mientras apuraba un cigarro liado entre una extensa humareda—.

— ¿Son nuevos por esta parte de Cádiz verdad señores? —Preguntó con cabal intención el tabernero—.

— ¡Usted lo dice! — contestó el acompañante de Ana mientras tomaban asiento junto a una ventana por donde pasaban los rayos de luz de un día radiante.

La bodega estaba escandalosamente solitaria para un medio día de Cádiz. Algo sin poder explicárselo en sus adentros, provocaba un palpito de temor a Ana a la que no le cuadraban ni lo inhóspito del lugar de extramuros al que la habían remitido. Tampoco entendía la

insólita ausencia de clientes para esas horas concretas a excepción del que había tenido el encuentro a patadas con el perro de aguas. Tal vez fuera —pensaba Ana de Cepeda—, que rebasada la muralla y los arrabales de la ciudad, el lugar no era recomendado por algún motivo desconocido, aunque de ser así, habría sido advertida por el mozo que la acompañaba que se conocía y andaba por su ciudad hasta con los ojos vendados.

De improviso el mismo personaje del tugurio del puerto que los había remitido a este lugar apartado entraba en escena. Portaba un sombrero de ala ancha que le tapaba la cara y una especie de manta sobre los hombros con la que se ayudaba a cubrir determinados instrumentos. Cuando llegó a la altura de los solitarios clientes que acababan de aposentarse en unos taburetes de madera, preguntó:

— ¡Con la venia! ¡Soy el humilde cocinero que trabaja en este garito y que tiene a bien ofrecérseles por si los señores quieren que se les cocine algo!

Ana no entendió nada aunque esta vez la voz que acababa de escuchar se parecía algo más familiar. En ese mismo momento y ante la mirada atónita de los que estaban sentados, descubrió el paño que lo tapaba del que emergieron sendas pistolas con las que encañonó a Ana de Mendoza y su acompañante gaditano. Al mismo tiempo y con su mano derecha, desplazaba su sombrero de ala ancha hacia atrás para hacerse ver con nitidez el rostro que había pasado desapercibido.

— ¡No puede ser! —dijo Ana temerosa al ver las armas apuntándoles—. ¡Vos sois el que nos dio anoche la información del cliente que andamos buscando!

—Poca memoria tiene su ilustrísima, porque además de ser el susodicho soplón, soy también la persona de confianza del patache del capitán Ventura de Mendoza, en el que su señoría como bien recordará viajó hasta Canarias y por el que como una rata de bodega tanto escudriñó y llegó a descubrir.

— ¡Olegario Segorbe el cocinero del patache! —Afirmó temblorosa Ana—. ¡No puede ser un enviado por Mendoza! —Repuso mientras un escalofrío le recorría todo su cuerpo—.

— ¡Vos lo habéis dicho! El mismo que viste y calza, y el mismo que tuvo la fortuna de acompañaros en el galeón de vuelta sin que nadie tuviera constancia de mi presencia hasta el momento de vernos las caras en el tugurio del puerto. ¡Pagaréis cara la información que

habéis conseguido sobre el robo del azogue, pero antes de que llegue a ninguna parte pagaréis con vuestras vidas!

Dicho esto, un disparo doble y atronador de cada uno de los pistoletos que portaba, derrumbaba sobre la tarima de madera del tabernáculo a los dos comensales hiriéndoles de muerte y sin que nada ni nadie hiciera algo por haber detenido al bravucón asesino. El enjuto camarero que presenció la escena corrió hacia adentro de la bodega para guarecerse tras escuchar los disparos temiendo ser presa de otra salva que lo pasaportara de la misma forma que los dos clientes que todavía no tuvo tiempo de asistir. El perro de aguas que aun merodeaba por el interior, salió a la calle emitiendo alaridos como si también hubiera sido alcanzado por una pelota de plomo escupida con prisas por alguna de las pistolas. Mientras, los dos cuerpos ya cadáveres, se desangraban en mitad de la tarima blanquecina y de madera sobre la que cayeron inertes sin remedio junto a dos ríos de sangre que crecían por momentos. El asesino antes de emprender la huida, con una frialdad sin límite, arrancó de cuajo la bolsa de piel que portaba Ana sobre su cuello con los legajos de información, y los arrojó a una chimenea encendida de leña donde se calentaban unos calderos que tenía la bodega. Mientras estos ardían en unos segundos, Olegario emprendía la huida hacia la muralla con sigilo y con la seguridad de pasar desapercibido entre el gentío una vez alcanzada la ciudad.

Todo había terminado para Ana de Mendoza. Una cobarde muerte a pistola en una taberna infame, se llevaba por delante toda una vida de sueños y osadía que no pudo ver rematada con el triunfo de la justicia a la que se había entregado en cuerpo y alma.

El tabernero cuando se aseguró que ya no podía ser víctima del pistolero y al cabo de unos instantes, salía a las afueras de la bodega pidiendo auxilio y favor. No transcurrieron más de unos minutos cuando empezaba a acudir un inmenso gentío a la misma porque las voces del mesonero que no cesaban y se podían escuchar desde la otra punta de Cádiz. Cuando llegó una patrulla de la autoridad, no hubo más que lamentaciones ante el certificado macabro de la muerte de un alférez y su ayudante de cámara que yacían en el suelo de una cutre bodega.

La noticia circuló en segundos por los rincones más recónditos de la bahía, por lo que a las pocas horas de producirse el atentado, llegaba la misma hasta los oídos de Fernando de Cepeda que entendió al instante la fechoría y la identidad de sus víctimas. Bajo un mar de

lágrimas alcanzó uno de los cuerpos de guardia situado en la muralla de Cádiz al que se habían trasladado los cadáveres en una tartana desvencijada. Allí se rendían honores y se velaban los cuerpos dado el carácter militar de los mismos, a la espera de ser reconocidos por sus familiares y recibir cristiana sepultura.

Su cabeza estaba a punto de estallar por la ira que suponía la pérdida de su hermana e incluso en algún momento contuvo el deseo de hacerla estallar con una bola de plomo de su propia pistola. Todo había sido en vano y esta vez la osadía de su hermana menor había traspasado con creces los muros de lo imaginable. Aduciendo ser familiar directo del finado, amortajó su cuerpo a solas para preservar su identidad femenina. Lo hizo con un traje de gala propio que reservaba para la ceremonia de audiencia con Felipe II, y la entrega del informe donde se inculpaban a los que había descubierto en el saqueo y que quedaban definitivamente impunes. Una vez inhumados los restos tras una sencilla ceremonia castrense, se dispuso a abandonar Cádiz con el único propósito de vengar algún día la memoria de su hermana. Para ello y por quedar atrás los restos enterrados del alférez Fernando de Cepeda, otra identidad ocuparía su cuerpo y su desquite. Se reafirmaba para sus adentros en que ahora empezaba una nueva misión y una nueva vida, y mientras volvía la vista atrás para despedirse de la bahía que se alejaba lentamente, juraba y perjuraba una y mil veces que en una próxima vez no existiría fracaso alguno.

FIN





**Nota del autor:**

**Las ilustraciones pertenecen a fotografías propias del autor, o a imágenes troqueladas que no están sometidas a derechos de autoría.**